



Máster Universitario en Ciencias de las Religiones: Historia y Sociedad.

(2021-2022)

TRABAJO DE FIN DE MÁSTER



LA ALQUIMIA EN LA OBRA DE MIRCEA ELIADE

Autor: José Joaquín Moreno Orea

Tutor: Francisco Díez de Velasco.

Índice de contenidos

1. Resumen/abstract.	2
2. Introducción.	3
3. Justificación.	6
4. Objetivos.	7
5. Breve introducción a la alquimia.	8
5.1. Historia. La alquimia en diferentes lugares.	8
5.2. Grandes alquimistas y sus obras.	11
5.3. Objetivos de los alquimistas.	13
5.4. Instrumentos y materiales.	15
6. La figura de Mircea Eliade.	16
7. Tratamiento de la alquimia en la obra de Eliade.	19
7.1. En su juventud.	19
7.2. Alquimia asiática y alquimia babilónica.	22
7.2.1. Alquimia asiática	22
7.2.2. Alquimia babilónica.	30
7.3. Herreros y alquimistas.	40
7.4. Eliade en la Encyclopedia of Religion.	63
8. Conclusiones.	68
9. Referencias bibliográficas.	73

1. Resumen/abstract

Los historiadores de la ciencia, en su gran mayoría, se han interesado en la alquimia por su parte química y científica. Han estudiado la alquimia como una prequímica y, aunque es cierto que los alquimistas han hecho un gran número de descubrimientos que más tarde ayudaron al desarrollo de la ciencia anteriormente mencionada, estos fenómenos naturales no eran el objetivo final de los alquimistas. Tampoco eran simples buscadores de oro. Buscaban algo más trascendente. O al menos, eso es lo que defiende Eliade.

Mircea Eliade, que desde pequeño mostró interés en el esoterismo y la alquimia, intenta demostrar que esta disciplina es algo más que química. Él nos indica en sus obras que la alquimia incluye elementos religiosos, es mística y mítica y es creada en un ambiente saturado de lo fantástico. En los rituales alquímicos, son importantes aspectos como el secretismo, la pureza, el tiempo... Además, tienen un carácter sagrado y mágico y, esto ocurre en las diferentes civilizaciones donde han existido alquimistas.

Palabras clave: Alquimia, Esoterismo, Mircea Eliade, Mística, Metalurgia.

Historians of science have mostly been interested in Alchemy due to its relation with chemistry and other scientific aspects. They have studied alchemy as a proto-chemistry and, even though alchemists have made several discoveries which later contributed to the development of the aforementioned science, these natural phenomena were not their final aim. They were not gold diggers either. They were looking for something more significant. Or at least, that is the idea defended by Eliade.

Mircea Eliade, who showed an interest for esotericism and alchemy since he was little, tries to prove that this discipline is more than chemistry. In his works, he points out that alchemy includes religious elements, and is created in environments swamped with fantasy. In the alchemical rituals, aspects such as secretism, purity or time are fundamental. Besides, they have a sacred and magic nature, and this occurs in the different civilisations where alchemists have worked.

Key words: Alchemy, Esotericism, Mircea Eliade, Mysticism, Metallurgy.

2. Introducción

El propósito de este trabajo es hacer una breve y práctica introducción a la alquimia para así poder analizar el punto de vista de Mircea Eliade con respecto a la misma, mostrando cómo este fue cambiando mientras se enriquecía de conocimiento de otras culturas en sus estancias y estudios, algo que puede estar relacionado con su posición como analista global del fenómeno religioso.

Para ello, se realizará un análisis crítico y una revisión de los textos sobre alquimia publicados por Mircea Eliade a lo largo de su vida, dividiéndolos por etapas para así poder apreciar mejor las diferencias entre los mismos. También se incluirá una revisión de la biografía de Eliade desde los escritos de varios autores y desde entrevistas que él ha realizado para así poder situar las etapas anteriormente mencionadas

De igual forma, para aportar contexto al análisis de la obra de Mircea Eliade sobre la alquimia, se observará en otra sección cómo ha sido el estudio de la alquimia por parte de otros autores y se expondrá brevemente cómo se ha desarrollado esta disciplina a lo largo de la historia en diferentes localizaciones y culturas.

La alquimia siempre se ha considerado una disciplina envuelta en secretismo. Esto puede ser debido a su carácter esotérico, ya que como indica Faivre (Faivre y Needleman, 2000:10) “el término esoterismo evoca la idea de secreto, de una disciplina del arcano, de un conocimiento limitado a grupos o asociaciones que son llamadas secretas”.

Pese a esto, durante siglos hemos visto como se han publicado innumerables obras relacionadas con ella, contando su historia, hablando de sus instrumentos, de sus utilidades, de sus objetivos... Por lo que realmente habría que plantearse cómo de secreta ha llegado la alquimia hasta nuestros días o si realmente puede seguir categorizándose como una actividad secreta y, si se puede, en qué sentido podría ser considerada así.

De hecho, a finales del siglo XX hubo una gran cantidad de publicaciones relacionadas con la disciplina que nos ocupa este trabajo, en gran parte motivado por el grupo ERANOS, en el que podíamos encontrar figuras tan relevantes como Jung, Henry Corbin y como no, el protagonista de este trabajo, Mircea Eliade. (Faivre y Rhone,

2010: 9). Este grupo se esforzó por estimular el estudio de varias formas de esoterismo, entre las que se encuentra la alquimia.

No obstante, como menciona este mismo autor, (Faivre y Rhone, 2010), la palabra esoterismo se ha utilizado para hablar de cualquier disciplina para la que no tenían una palabra mejor, como la “literatura iniciática, el simbolismo religioso, trabajos artísticos relacionados con algo de misterio...”, algo que crea confusión y que hace que la palabra se utilice de manera negligente y con tintes negativos.

Esta visión negativa del esoterismo ha sido acrecentada debido también a la influencia de las grandes religiones como el judaísmo, el islam o el cristianismo (aunque especialmente la teología cristiana), que han hecho que el esoterismo se viera como algo herético y marginal, e incluso como “supersticiones que hay que condenar”.

Por otro lado, gran parte de la literatura sobre la alquimia se centra en su historia como “pre-química”. Muchos historiadores han dedicado su tiempo al estudio de esta disciplina pero desde un punto de vista eurocéntrico y sin prestar mucha atención a la parte espiritual que es, por otra parte, la que más interesaba a Eliade. Esto puede verse en títulos como *History of Alchemy. From the mysteries of the ancients to the science of today* (Madden y otros, 2021), publicado recientemente.

Pese a que estos tipos de libros cubren parte de la historia de la alquimia y sí que se habla de diferentes lugares y creencias sobre la misma, al ver el título ya podemos intuir desde qué perspectiva se ha escrito esta obra: la alquimia como paso previo a la química, la alquimia como una especie de ciencia o creencia arcaica.

Sorprende también ver como al buscar “History of Alchemy” o “Historia de la alquimia” en Google, la mayoría de resultados que aparecen tienen referencias a la química. En inglés, el primer resultado que aparece es, en efecto, la web de la facultad de química de Bristol. En español podemos ver entradas como “Alquimia, qué es: historia, alquimistas y relación con la química”. Esto son solo los dos primeros ejemplos que aparecen con solo poner estas palabras.

Sin embargo, esto no quiere decir que todas las autoridades académicas a excepción de Mircea Eliade tengan este punto de vista. También hay autores que han publicado obras en las que sí se estudia y se le da importancia a la espiritualidad de la alquimia. Como ejemplo, podemos hablar de autores como Carl Jung (1875-1961) ya mencionado

anteriormente, que muestra esto en varias de sus obras, entre las que podemos destacar *Psicología y alquimia* (Jung, 2005). Él entendía la alquimia como un tipo de técnica espiritual, dándoles así poca importancia a los objetivos científicos que según otros autores, los alquimistas podían tener. (Faivre y Rhone, 2010: 106). En sus escritos, al igual que en el de otros autores que comparten su forma de pensar, podemos ver la diferencia entre un alquimista real y un herrero, haciendo referencia también a una de las obras de Mircea Eliade.

Otra de las razones por las que puede que la alquimia se haya estudiado más por su relación con la química que por ser un movimiento esotérico puede ser la racionalidad que impregnó Europa desde el siglo XII. El crecimiento y los avances de la ciencia, entre ellas la química, hizo que la alquimia se empezará a ver como algo del pasado, algo arcaico practicado por personas que no tenían un conocimiento más avanzado para ver más allá. De hecho, podemos ver comentarios despectivos de autores sobre física y química con respecto a la alquimia, como el siguiente que cita F. Bonardel: “Solo se aplica ya a una ciencia que se considera ilusoria, y de la que no es posible ocuparse sin hacer el ridículo” (Gilbert, 1835 como se citó en Faivre y Needleman, 2000: 118).

Comentarios como el anterior, que fueron muy frecuentes durante el periodo de la ilustración pero que además fueron perpetuados contribuyeron de alguna forma a que la alquimia, como movimiento esotérico que es, se quedara en las sombras; haciendo que su estudio y los trabajos sobre la misma fueran ocultados después de haber acompañado durante siglos a una gran cantidad de culturas de diversa índole y localización a las que afectó y de las que se empapó, como el taoísmo en China, la astrología en Babilonia o el yoga en la India, un arte que por otra parte también fue central en la bibliografía de Mircea Eliade.

Otra ciencia que también se ha relacionado con la alquimia debido a los escritos de Paracelso entre otros, es la medicina. Los alquimistas han intentado en innumerables ocasiones preparar una bebida o elixir, que pudiera, entre otras funciones, mantener o mejorar el estado físico del ser humano, actuando así como una especie de medicamento. Esta concepción sentó las bases para que esta disciplina también pudiera interpretarse como un pilar de la medicina, volviendo así a obviar y menospreciar el carácter esotérico de la misma.

Pese a que como hemos visto, la alquimia puede relacionarse con diferentes ciencias, Eliade se centró en la misma sin necesidad de compararla con otras y enfocando su estudio en esta como disciplina única e independiente, por lo que en este proyecto se procederá a tratarla de la misma forma.

3. Justificación.

Pese a que Mircea Eliade ha sido estudiado y referenciado en un vasto número de trabajos y publicaciones, el tema de la alquimia en su obra ha sido tratado de forma somera y puntual posteriormente, algo cuanto menos sorprendente teniendo en cuenta el interés que suscitó este tema en el autor a lo largo de toda su vida.

Este interés es algo que no resulta difícil apreciar porque su primer escrito, en 1921, cuando solo tenía 14 años, es un texto de ficción sobre alquimia. A partir de ahí continuará escribiendo sobre esta disciplina hasta su última contribución, que es dentro de la entrada de alquimia de la *Encyclopedia of Religion*, publicada a modo póstumo un año después del falleciera Eliade. Por lo que vemos que tanto el primer como el último trabajo de nuestro autor, estuvieron relacionados con la alquimia. Esto es algo que se tratará con más detalle en su biografía, que está expuesta y explicada en la sección 6 de este mismo ensayo.

Entonces, teniendo en cuenta que Eliade ha sido trabajado y estudiado en numerosos campos, surge la duda de por qué no ha sido así en la alquimia, si tanto interés tenía él mismo en el estudio de esta, y tanto tiempo le dedicó. Esto podría ser por los obstáculos a los que se ha enfrentado el esoterismo como campo de estudio, ya que la alquimia está dentro del mismo.

Se puede llegar a la afirmación de que la alquimia está dentro del esoterismo gracias a las características que Faivre comenta en su obra *Espiritualidad de los movimientos esotéricos modernos* (Faivre y Needleman, 2000). En el mismo habla de seis características que un movimiento debe cumplir para ser considerado esotérico, las cuáles pueden apreciarse sin mucho esfuerzo en la alquimia.

La primera característica es la existencia de correspondencia entre las partes del universo visible e invisible. La segunda es la idea de un cosmos complejo y una naturaleza viva, algo que veremos más adelante con la idea de la maduración de los

metales en la alquimia. Por otra parte, tenemos la mediación, que incluye rituales e imágenes simbólicas como por ejemplo los realizados por los alquimistas en los hornos. La cuarta y una de las más representativas de la alquimia es la idea de transmutación, que es vista como una metamorfosis y que está muy ligada a la búsqueda de la piedra filosofal por algunos alquimistas.

Otra característica que nos hace ver la alquimia como movimiento esotérico es la idea de la concordancia, una idea que hace que intente comprender o establecer puntos en común entre los diferentes lugares y civilizaciones donde se ha desarrollado esta creencia. Por último, tenemos la transmisión. Esta característica está relacionada también con el secretismo anteriormente mencionado, y es la idea de que el conocimiento debe ser transmitido de maestro a discípulo, incluyendo aquí también cierto tipo de iniciación, algo que veremos también en la sección del tratamiento de la alquimia en la obra de Eliade.

Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente sobre que la alquimia es un movimiento esotérico; debido a que el esoterismo, según dice Faivre (Faivre y Needleman, 2000: 13) “está todavía hoy más presente que nunca”; y debido también a que Eliade estudió la alquimia centrándose en este aspecto, este trabajo cobra especial relevancia. A través de este estudio, veremos esta visión quizás menos popular en contraste con la de un gran grupo de autores que daban y dan prioridad al punto de vista más científico y secularizado de esta disciplina.

4. Objetivos.

Partimos de la hipótesis de que Mircea Eliade consideraba que la alquimia es una disciplina en sí misma y que debe ser estudiada como tal, sin necesidad de compararla ni utilizarla para explicar otras ciencias que surgieron de manera posterior. Esta visión parece que se definirá más conforme más conocimiento va adquiriendo el autor, que parece partir desde un punto de vista totalmente diferente.

Para comprobar esta hipótesis, el trabajo se desarrollará teniendo en cuenta cuatro objetivos principales, que son los que se introducen a continuación.

- a) Presentar y analizar de forma comprensiva las obras en las que Mircea Eliade habla sobre la alquimia en diferentes períodos de su vida, tanto literarias como

de investigación. Estas son: *Cómo encontré la piedra filosofal* (1921), *Alquimia asiática* (1934), *Cosmología y alquimia babilónicas* (1937), *Herreros y alquimistas* (1956) y su entrada en la *Encyclopedia of Religion* sobre alquimia (1987)¹.

- b) Hacer una breve introducción a la alquimia que se centre en su progreso y evolución como movimiento esotérico y técnica espiritual independiente, prestando atención también a cómo otros autores la han estudiado o interpretado en diferentes localizaciones y en diferentes espacios de tiempo.
- c) Comprobar cómo los intereses de Mircea Eliade influyeron en su obra y pensamiento con respecto a la alquimia, como por ejemplo su tesis sobre el yoga, que lo llevó a trabajar en la India.

5. Breve introducción a la alquimia.

Para presentar la alquimia y contextualizarla, esta sección se va a dividir en cuatro apartados. En el primero se tratará la historia de la alquimia en diferentes lugares. A continuación se presentarán tanto alquimistas como obras importantes para la alquimia que han aparecido a lo largo de los siglos. En el tercer apartado, se expondrán los objetivos que han tenido los alquimistas a lo largo de la historia y, por último, se expondrán los instrumentos y lugares que necesarios para los rituales.

5.1. Historia. La alquimia en diferentes lugares.

Al haber estado presente en tantas sociedades y en momentos diferentes, hay varias teorías sobre el posible origen de la alquimia. Muchos coinciden en que se sitúa por la zona de Grecia y de Egipto, más concretamente en Alejandría y las ciudades de alrededor del delta del Nilo. De hecho, algunos historiadores piensan que el vocablo alquimia puede proceder de la palabra “khem”, que es como los griegos llamaban a Egipto (Madden et al., 2021), aunque no hay un consenso con respecto al origen de la palabra, ya que otros hablan de “khemeia”, “khumus”, “chyma”...

En Egipto la alquimia parece haber sido más práctica, con alquimistas intentando transmutar el oro y crear elixires, mientras que en Grecia parece que su aportación fue

¹ Las fechas aquí citadas son las de las primeras ediciones, con el objetivo de que se vea así el salto temporal entre una obra y otra. Las fechas que se citan en el resto del trabajo y las que aparecen en las referencias bibliográficas son las que se han sido consultadas, y son reediciones de los libros mencionados.

más teórica. De hecho, los primeros tratados de alquimia que hoy se conservan son papiros que están escritos en griego antiguo, ya incluyendo acertijos y fórmulas secretas, algo que se convirtió en una característica muy reconocible de la alquimia.

Cuando Egipto cayó en manos de los árabes, la alquimia llegó al conocimiento de esta civilización, y se empezaron a traducir tratados de alquimia al árabe. Parece ser que fueron estos los que terminaron de construir la palabra alquimia, utilizando la raíz “khem” u otra de las anteriormente mencionadas y añadiendo el prefijo al-. Durante este tiempo se empezó a popularizar la idea de que los metales estaban compuestos de una mezcla de mercurio y azufre.

Gracias a la expansión de los árabes por Europa, la alquimia también llegó a este territorio. Además, las obras que previamente se habían traducido a su idioma estaban ahora siendo traducidas al latín, llegando también así a pueblos que no habían sido conquistados por ellos. Como ejemplo podemos nombrar el Kitab Al-Kymia o *Libro de la composición de la alquimia*, completado en el año 1144.

Por otra parte tenemos la alquimia en la zona de Asia, que parece haberse desarrollado aproximadamente al mismo tiempo que en Egipto y Grecia, de ahí la dificultad de encontrar un origen único e indiscutible. En China alrededor del 300 a.C. se empezaron a crear pastillas hechas de oro (entre otros materiales) para alcanzar la inmortalidad (Fernández, 2010: 58) y la alquimia estaba ligada al taoísmo (Madden et al., 2021: 16)

En la época en la que nos hemos situado en China, el oro no abundaba por la zona, por lo que la inmortalidad empezó a buscarse por otros métodos, como por ejemplo el mercurio. También el cinabrio o sulfuro de mercurio era muy importante en la alquimia china debido a la gran estima que la población le tenía a este material, hasta tal punto que cubrían a sus difuntos con este material de color intenso. Todo este conocimiento parece haber llegado a zonas como Alejandría a través de las rutas comerciales.

En India existen mitos hinduistas con referencias a la alquimia y sus secretos que datan de cientos e incluso miles de años, por lo que otros autores coinciden en que fue India el lugar donde se originó esta creencia. En esta región se desarrolló de manera muy próspera la metalurgia, una rama muy conectada con el arte que nos concierne en este trabajo. En el Rigveda (texto que data del 1500 a.C. aproximadamente) se

encuentra una referencia a una bebida llamada “soma” que alargaba la vida incluso llegando a conceder la inmortalidad, lo que para algunos investigadores podría estar relacionado con la alquimia, si bien es cierto que no hay un consenso con respecto a esto. Por otra parte, también se observa como consideraban al mercurio algo sagrado, hasta el punto de que se conectaba con Shiva.

Como se puede ver, se hace muy difícil establecer un único lugar inequívoco de la alquimia, por lo que muchos autores optan por el argumento de que fue inventada en muchos lugares aproximadamente en el mismo periodo de tiempo.

En Europa, como se mencionaba anteriormente, la alquimia entró gracias a los árabes y con la ayuda de las traducciones de sus textos. Poco a poco esta disciplina fue creciendo, y los alquimistas europeos empezaron a desarrollar sus propias teorías teniendo en cuenta el material con el que disponían y utilizando la fábula para conservar revelar los secretos de la disciplina a la vez que los ocultaban al mismo tiempo.

Tras varias décadas de difusión, en el siglo XII, la alquimia y la literatura relacionada con la misma empezaron a crecer exponencialmente. Además, en los siguientes años la alquimia recibiría la influencia de la filosofía neoplatónica y también del humanismo. Esta tendencia creciente continuaría hasta el siglo XVII aproximadamente (Faivre y Rhone, 2010: 30), momento en el que empezaría a decrecer. Es durante estos años donde se publican tratados por parte de autores tan reconocidos hoy en día como Roger Bacon o Nicolas Flamel, los cuales veremos en el siguiente apartado.

En el siglo XVII, según dice Faivre (Faivre y Rhone, 2010: 120), la literatura alquímica se caracterizaba “por su interés en la mitología, su gusto por bellas ilustraciones y las voluminosas compilaciones enciclopédicas”. También se publicaron otras de ficción como *The Alchemist*, escrita por Ben Jonson en 1610. Por otra parte, la alquimia se hizo muy popular entre los emperadores alemanes que la patrocinaban por su interés en la transmutación de metales para así conseguir una mayor riqueza. Esto provocó también que la alquimia se tornara a una práctica más operativa que espiritual.

Pese a esto, en esta época la razón empezó a primar por encima de todo, y la alquimia empezó a verse como una práctica llevada a cabo por embusteros y embaucadores, perdiendo credibilidad en favor a otras ciencias como la química o la

medicina que empezaron a ganar más adeptos. Esto hizo que muchos dejaran de dedicarse a esa disciplina hasta el punto de que en el siglo XIX y el siglo XX casi habían desaparecido los alquimistas.

En los últimos años la alquimia y los que la practican se han dividido entre aquellos que solo están interesados en los beneficios materiales que esta pudiera traer y aquellos que tienen una objetivo espiritual aparte del material. Estos “modernos” alquimistas han creado organizaciones en diferentes lugares del mundo como la “Paracelsus Research Society”, fundada en Salt Lake City (EEUU) en el siglo pasado, hoy en día también presente en Australia como el “Paracelsus College”

5.2. Grandes alquimistas y sus obras.

Muchos han sido los que han decidido practicar la alquimia a lo largo de los tiempos. Algunos de ellos, además, crearon obras de excepcional valor que fueron transmitidas a lo largo de los siglos. En esta sección hablaremos de algunos de ellos, algo que nos servirá de introducción para el siguiente apartado donde hablaremos de sus objetivos. No hay forma de empezar esta sección que no sea mencionar la Tabla Esmeralda, obra atribuida a Hermes Trismegisto (Fernández, 2010:32), y muy popular entre alquimistas de diversas generaciones. Este tratado incluía varios principios alquímicos que se supone, desvelaban los secretos de la piedra filosofal o el “Opus magnum”.

Entre los alquimistas más antiguos nos encontramos a Zósimo. Se piensa que este famoso alquimista vivió entre los siglos III y IV y aunque algunos dicen que es de origen alejandrino, muchos otros historiadores afirman que provenía de Panópolis, si bien es posible que viviera un periodo en Alejandría (Madden et al., 2021).

Muchos consideran que este autor influyó en el aspecto místico y espiritual de la alquimia de forma especial, combinando por supuesto con partes más técnicas, como la tintura de metales, “un proceso que él interpretaba como una purificación o bautizo” (Fraser, 2004: 128). Hoy en día se conservan pocos fragmentos de sus obras, pero hay referencias que indican que escribió hasta 28 trabajos sobre alquimia, entre ellos el *Cheirokmeta* o el *Primer libro de la perfección*.

Otro gran nombre en la alquimia es el de Jabir Ibn Hayyan, nacido en el año 721 d.C. en Persia. Este autor estudió los cuatro elementos propuestos por Aristóteles y

proclamó que los elementos naturales podían a su vez dividirse en tres: espíritus, metales y piedras. También desarrolló la teoría de que todos los metales estaban derivados del mercurio y el azufre, solo que en diferentes cantidades. De hecho, decía que si se conseguía un equilibrio entre estos elementos, cualquier material podría ser convertido en oro.

También creó el agua regia, que él utilizaba para disolver plata y oro. A este autor se le han atribuido una gran cantidad de obras, entre ellas el *Libro de la composición de la alquimia* ya mencionado en la sección anterior.

Dando un gran salto hasta el siglo XIII, nos encontramos a Roger Bacon (1214-1294), un monje franciscano que creía firmemente en el empiricismo. Bacon se dedicó en gran parte a la búsqueda de la piedra filosofal. Entre los trabajos que se le atribuyen relacionados con la alquimia podemos encontrar *El espejo de la alquimia*, un libro que se centra en la transmutación de los metales.

En el siglo XIV nos encontramos con un alquimista de los más conocidos por el público en general llamado Nicolás Flamel, debido a su aparición en la saga ficticia de *Harry Potter*, aunque también aparece en la novela de Victor Hugo, *El Jorobado de Notre Dame*. Nicolás nació en Francia, más concretamente en Pontoise. Parece haber adquirido interés en la alquimia gracias al conocimiento transmitido por un judío converso. Flamel tenía mucho interés en la piedra filosofal y en el elixir de la inmortalidad. Una de las obras que se le atribuyen es el *Libro de las figuras jeroglíficas*.

En esta época se produce uno de los tratados más famosos sobre alquimia. En 1582 se publica el *Splendor Solis*, que incluye tratados alquímicos previamente redactados utilizando unas ilustraciones de gran calidad. Esta obra se le atribuye a Salomón Trismosin, que además de ser conocido por esto, también fue conocido por ser maestro de Paracelso y por decir que fue poseedor de la piedra filosofal.

Siguiendo la línea temporal marcada en el párrafo anterior volvemos a Paracelso. Nacido en Zúrich en 1493, es otro de los grandes nombres de la alquimia. En su momento, se pensó que había conseguido transmutar el plomo en oro, aunque posteriormente se descubrió que no era así. Fiel creyente en la alquimia, “su vida se convirtió en una continua experimentación de nuevos tratamientos y una lucha incesante contra los defensores de la ciencia médica tradicional, que llegaron a perseguirle con

denudedo e incluso lograron su expulsión de la Universidad de Basilea” (Fernández, 2010:108).

Durante los siguientes años se publicaron importantes obras relacionadas con la alquimia al igual que antologías que incluían varios tratados anteriores en las mismas. Entre ellas podemos mencionar *De Alchemia*, publicada en 1541 y que incluía la primera versión impresa de la Tabla Esmeralda (Faivre y Rhone, 2010: 49).

Más recientemente tenemos a Fulcanelli. Este alquimista del siglo XX está envuelto en secretismo, tal y como la disciplina que practicaba. No se sabe su nombre real, y se cree que nació a finales del siglo XIX en Francia, aunque no es un dato que se pueda dar con seguridad. Hay varias leyendas alrededor de su vida, incluso una que lo sitúa en Sevilla en 1953 y aparentando unos 20 años menos de los que realmente tenía, suponiéndose así que habría conseguido el elixir de la inmortalidad.

Después de su desaparición en 1920 se publicaron dos obras en las que comentaba el simbolismo alquímico en monumentos como la catedral de Notre Dame y el conocimiento sobre alquimia de la Edad Media y el Renacimiento (Madden et al., 2021). Estas obras son *El misterio de las catedrales y la interpretación esotérica de los símbolos herméticos* y *Las moradas filosóficas* y *El simbolismo hermético en sus relaciones con el arte sagrado y el esoterismo de la gran obra*. Su discípulo, Canseliet, también publicó algunos libros sobre alquimia a mediados de siglo llamados *Deux Logis alchimiques* y *Alchimie*, centrados en la búsqueda de la piedra filosofal.

5.3. Objetivos de los alquimistas.

En las secciones anteriores, a la vez que se introducía la alquimia y se hablaba de algunos de los alquimistas más relevantes de la historia, se han ido perfilando algunos de los objetivos que vamos a ver en esta sección. Debemos tener en cuenta que en esta disciplina, al igual que en muchas otras, hubo innovación a lo largo de los años, lo que implica establecer nuevos objetivos.

Aun así, muchos alquimistas coincidieron en varios objetivos. En muchas ocasiones se centraban en uno solo que pudiera estar relacionado con otros, pero dándole prioridad al que hubieran elegido como primordial. Mientras experimentaban para conseguir estos objetivos, se fueron produciendo diversos descubrimientos como el ácido clorhídrico o el famoso “baño maría”.

Uno de los objetivos más repetidos, por el interés y valor que tenía y tiene este metal es el de la obtención del oro a partir de otros metales. Más adelante veremos cómo los alquimistas consideraban el oro como un metal de una categoría superior, o por decirlo de alguna forma “más madurado”, y creían que el alquimista podía terminar la obra empezada por la naturaleza, que habría empezado a crear un metal cualquiera. (Faivre y Needleman, 2000:227). Se puede decir que lo que intentaban era comprender la naturaleza y colaborar en la función que esta acometía.

Para conseguir su objetivo desarrollaron varias teorías que incluían rituales con mercurio, azufre, o sal. Este proceso es el conocido como transmutación, y se divide en 4 pasos: El nigredo, el albedo el citrinitas y el rubedo. Estos 4 pasos fueron estudiados y divididos más adelante por algunos alquimistas que intentaron detallar el proceso más minuciosamente.

Otro gran objetivo de la alquimia era la creación de un elixir que fuera la panacea. Los alquimistas probaron diferentes elixires con ingredientes de diferentes plantas, piedras, etc...; elixires que prometían curar cualquier enfermedad. Este objetivo está íntimamente relacionado con la obtención de la inmortalidad, algo que obsesionó a los alquimistas.

Hay algo que permitiría a los alquimistas obtener este elixir pero también transmutar las sustancias de tal forma que pudieran convertir cualquier metal a oro. Ese algo es la famosa piedra filosofal, y es otro objetivo de los alquimistas, quizás el más perseguido. La piedra filosofal se dice que era “un tipo de materia primigenia de la que derivaba todo lo demás, incluyendo los cuatro elementos” (Madden et al., 2021:70). Según algunas teorías, el polvo que se podría obtener de la misma es el que permitiría crear los elixires para conseguir los objetivos anteriormente mencionados.

Otros alquimistas como Jabir sumaron nuevos objetivos a los ya comentados, como el de crear vida artificial o vida humana, algo comúnmente conocido como “homúnculo”. Asimismo, otros intereses que tenían eran la obtención de “sustancias útiles en cosmética, minería y guerra” (Madden et al., 2021). Por último, pero no menos importante, los alquimistas también intentaron buscar técnicas para purificar el alma humana.

Todos estos objetivos tienen algo en común, y es que los alquimistas querían obtener un conocimiento superior que el común de los mortales no tenía, de ahí también el secretismo de la disciplina. A través de la obtención de este conocimiento, podrían conseguir todos los objetivos anteriormente mencionados, pudiendo así llegar a perfeccionar el universo.

5.4. Instrumentos y materiales.

Los rituales alquímicos no se hacían en cualquier lugar. Quizás el llamarlo “ritual” ya ayuda a entender el porqué. Tal y como ocurría en las anteriores secciones, hay que tener en cuenta que la alquimia se desarrolló durante siglos y en diferentes lugares, por lo que es difícil generalizar sobre el tipo de instrumentos utilizados y el lugar elegido para la realización de dichos procedimientos.

Sin saber exactamente si categorizarlo como instrumento o lugar pero sabiendo que es esencial para cualquier alquimista, tenemos el horno o la fragua. En los procedimientos alquímicos el horno es fundamental debido al calor que se necesita para calentar tanto los metales como otras sustancias.

Otros instrumentos también utilizados y necesarios para los alquimistas son los vasos o tarros para calentar compuestos, más conocidos como crisoles (en inglés llamados crucible, de ahí el título del libro de Mircea Eliade, *The Forge and the Crucible*, que veremos más adelante). Los matraces también fueron utilizados en algunas épocas, y al igual que los viales, morteros, cazos, coladores o alambiques... Muchos de los cuáles fueron utilizados posteriormente por otros campos de investigación.

Además de calentar el metal en la fragua, hay otros procedimientos que tenían lugar en el espacio de trabajo del alquimista. También intentaron procesos como la calcinación, la pulverización de sustancias, la sublimación o la destilación (Madden et al., 2021:12). Para estos procesos era frecuente la utilización de ácidos, vinagre o incluso estiércol, además de los ya mencionados mercurio, sulfuro de mercurio, azufre o sal.

Por otra parte, y volviendo a la idea de no saber cómo categorizarlo, tenemos el sol. Los alquimistas utilizaban la luz solar en algunos de sus experimentos y rituales,

dejando su creación bajo el sol durante largos períodos de tiempo, ya que pensaban que de alguna forma actuaría sobre la misma.

En su lugar de trabajo los alquimistas también tenían un espacio específico donde orar, algo que se hizo más popular a partir del siglo XVI. Al fin y al cabo, como hemos mencionado al principio de este apartado, el procedimiento a realizar es un ritual, y en este siglo muchos alquimistas empezaron a pedirle a Dios ayuda y aprobación para estos procesos.

En algún momento también se utilizaron instrumentos musicales, tanto de cuerda como de viento o percusión, ya que los alquimistas pensaban que las vibraciones de los mismos podrían afectar a los procesos que tenían lugar en su horno (Álvarez, 2009). Algunos también creían que los instrumentos podían protegerlos de espíritus malignos y del daño que estos pudieran infringir en su trabajo, por lo que tenían entonces una doble función.

6. La figura de Mircea Eliade.

Debido a sus innumerables contribuciones al estudio de la historia de las religiones, Mircea Eliade (1907 – 1986) y su vida han suscitado gran interés entre seguidores y detractores. Tanto ha sido el interés que podemos encontrar diferentes biografías, autobiografías y entrevistas que nos ayudan a hacernos una idea de cómo se desarrolló su vida desde bien pronto, como por ejemplo su *Diario 1945-1969*, su *Diario Portugués*, las conversaciones con Rocquet en *La Prueba del Laberinto*, la biografía escrita por Florín Turcanu; *Le prisonnier de l'histoire*, el libro *Mircea Eliade*, escrito por Culianu o la bibliografía comentada en la *Revista de Estudios de Asia y África*.

Contar la información contenida en todos los trabajos donde se habla de Eliade podría ocuparnos todo el trabajo, por lo que en esta sección lo que haremos será un recorrido de la vida de Eliade a través de la alquimia, de tal forma que nos ayude a entender la diferenciación en cuatro etapas propuesta en la sección 6, en la cual analizaremos su obra.

Mircea Eliade nació en Bucarest el 9 de marzo de 1907. Desde que era pequeño, empezó a leer novelas e historias policíacas, y se interesó también en las ciencias naturales, la química (especialmente la mineralogía), la zoología o la entomología. El

interés por la Alquimia surge a partir de la lectura de *Collection Des Alchimistes*, escrita por Marcelin Berthelot (Turcanu, 2003: 42).

A partir de aquí, su atracción por la alquimia va creciendo y lo que es más, nunca la pierde. Cuando llega a sus años de instituto empieza a publicar artículos sobre distintos temas, extraídos en gran medida de la obra de Berthelot y de F. Hoefler *Histoire de la Chimie*.

En 1921, cuando tenía 14 años, anuncia la elaboración de una historia de ficción que trata sobre la alquimia que sería publicada en ese mismo año en una revista de divulgación científica llamada “Ziarul Stiintelor Populare”. Esta sería su primera obra relacionada con este campo, y lleva por título en español *Como encontré la piedra filosofal*. Esta historia fue galardonada con el primer premio de la revista en la que fue publicada.

Poco a poco irá introduciéndose más al universo de la Alquimia a través de obras como *Le positivisme à l'occasion rêveur*, donde toma contacto con textos alquímicos griegos, árabes y latinos. Este interés en la alquimia, poco común (sobre todo teniendo en cuenta la edad que tenía Mircea Eliade cuando comenzó a leer sobre la misma) viene de su pasión por la química ya mencionada y de su creciente fascinación por el Oriente.

De hecho, conforme avanzan los años, Eliade empieza a descubrir la mitología de la India y de China, empieza a mostrar interés sobre la mitología oriental, las ciencias ocultas y la alquimia. Esto, le hace bajar su media en el instituto a un 6'85 y, cuando llega a bachillerato, acaba con una media de 6'40, todo ello debido al tiempo dedicado a la lectura de libros de los campos anteriormente mencionados.

Pese que al principio su visión sobre la alquimia es que era una especie de química arcaica, poco a poco y conforme va leyendo empieza a pensar que no es una fase de la historia de la química, algo que fundamentará y justificará en sus múltiples escritos sobre alquimia. Este cambio se debe a su creciente interés en la magia y la mística y, probablemente también, por la influencia de su profesor en la universidad, Nae Ionescu. Durante su período de universidad, y mientras estudia el Oriente y la historia de religiones, sigue publicando artículos relacionados con la historia de la alquimia (Eliade et al., 1980).

El siguiente momento que podemos destacar en su interés por la alquimia es en la publicación de su tesis sobre el yoga, escrita tras varios años de experiencias vividas en la India, donde adquirió diversos conocimientos sobre Orientalismo. En su tesis, se encuentran varias referencias entre yoga y alquimia india, si bien es cierto que hay más en la versión en inglés que en la versión en rumano porque consideraba que era un tema menos llamativo en su país de origen.

En 1934 publica *Alquimia asiática*, en respuesta a las críticas que recibía por escribir únicamente novelas. Esta obra está ya escrita desde la perspectiva de que la alquimia no es una prequímica, sino una disciplina autónoma espiritual. Algunos años más tarde, publica *La alquimia babilónica*, con la misma perspectiva.

Para ver su siguiente trabajo sobre alquimia, habrá que esperar varios años, concretamente hasta el 1956, momento en el que publica *Herreros y alquimistas*, según él como “forma de terminar un período y revisar y enriquecer sus textos sobre alquimia” (Turcanu, 2003. p.419). Para finalizar, el último trabajo escrito de Eliade sobre Alquimia se puede encontrar en la *Encyclopedia of Religion*, donde elige escribir sobre varios de los temas que más le interesaron durante toda su vida. Entre estos, podemos mencionar la entrada sobre la disciplina que nos ocupa pero también la de los metales y la metalurgia, la de chamanismo, la de yoga o la de hierofanías (término que él mismo acuñó); lo que muestra su gran interés en la alquimia.

En *La prueba del laberinto*, una entrevista realizada a Eliade por Claude-Henri, podemos encontrar el porqué de esta elección. Eliade explica su interés por lo esotérico a través de las siguientes palabras:

Sin duda... Me he interesado por lo que se llama el lado esotérico de ciertas cosas—los ritos iniciáticos del chamanismo, del tantrismo y de los «primitivos» en general—porque en todo ello había algo que resultaba difícil de captar y que no se encontraba en los libros... En lo que se refiere a lo arcaico, veía que las sociedades tradicionales, los «primitivos», estaban a punto de desaparecer, en el lapso de una vida humana, y que los etnólogos y los antropólogos que los estudiaban no mostraban preocupación alguna por captar la

coherencia, la nobleza y la belleza de sus sistemas mitológicos y sus teologías.

(Eliade et al., 1980. p.83).

Además, nos dice que ha dedicado más tiempo al alquimista “porque ya había mucha información sobre otros como el sacerdote o el sacerdocio” (Eliade et al., 1980. p.86) mientras que los alquimistas o chamanes son menos conocidos e incluso despreciados.

Destacamos también en esta sección, para acabar el recorrido de la vida de Eliade a través de la alquimia, que su último seminario, celebrado en 1976, trató sobre la alquimia y la hermenéutica del renacimiento, tema por el cual, como ya hemos visto, sentía predilección.

7. Tratamiento de la alquimia en la obra de Eliade.

En la sección anterior queda claro que Mircea Eliade se interesó por la alquimia durante toda su vida. La cuestión es que Eliade vivió 79 años. Durante todo este tiempo, su conocimiento fue aumentando y enriqueciéndose debido a las experiencias que vivió y a las informaciones a las que iba teniendo acceso, ya que nunca dejó de estudiar.

En su amplia obra literaria se pueden encontrar ejemplares tanto de investigación como de creación propia. Todos ellos son de relevancia en este trabajo porque sin importar de qué tipo sea, su visión sobre la alquimia es reflejada en los mismos, por lo que todos van a ser tratados para así poder aproximarnos a esta.

7.1. En su juventud.

Eliade hace su primera incursión en la alquimia con su obra *Cómo descubrí la piedra filosofal*, publicada, como se ha expuesto anteriormente, cuando él tenía tan solo 14 años. Este es, además, el primer cuento que él escribió, un texto un breve con tintes autobiográficos que cuenta la historia de un joven de instituto con su misma edad que estaba empezando a interesarse en la alquimia.

El texto es una historia fantástica (género que él cultivaría más tarde en profundidad) en el que un joven de 14 años que tiene un laboratorio se obsesiona por transmutar la materia. Para conseguir ese sueño, realiza varios experimentos en un

laboratorio con el objetivo de formar la famosa piedra filosofal. Durante uno de esos experimentos parece que afectado por los vapores del mismo, se queda dormido.

En este sueño podemos apreciar cierto religiocentrismo de Eliade. La alquimia ha estado presente en multitud de pueblos y localizaciones con diferentes creencias. Se ha practicado en culturas budistas, hinduistas, taoísta, se ha practicado en Egipto y Grecia con sus respectivas sociedades politeístas... Pero su texto, ya desde un principio, habla del demonio, de Dios y de otra entidad muy relacionada con el mismo que es la que se le aparece.

El mensaje que le envía es claro, el conocimiento que busca la alquimia no está permitido para los humanos y, aquellos que lo buscan, son castigados. “¿Ves lo que te pasa por querer saber lo que no se os permite a vosotros los terrestres?” (Eliade, 2001[1921]: 1). Pero este mensaje no aparece enviado por un dios egipcio, sino por Dios, algo que está claramente influenciado por las creencias² del autor, porque la alquimia empezó a practicarse en un primer momento en zonas donde esta creencia todavía no había llegado.

En el texto también se hace referencia al interés que había por la alquimia en Alemania, como ya se mencionó en la sección 5.1., ya que los emperadores la promovían para conseguir la riqueza, algo que probablemente Eliade sabría por los libros que había leído previos a la redacción de esta historia. No se menciona a un alquimista en particular, pero se dice que fue castigado por Dios. “No pude encontrar la piedra filosofal, vendí mi alma a satanás y después de poseer millones, me ahorqué y Dios me condenó” (Eliade, 2001 [1921]: 1).

Dejando atrás la parte en la que menciona a Dios que ya se ha comentado, hay una idea que puede que muestre parte de la percepción de Eliade sobre la alquimia en este momento, y es la idea de estafa. Habla de alguien que no encontró la piedra filosofal pero que seguramente se aprovechó del desconocimiento de otros para hacerse rico, razón por la que Dios lo castigaría al infierno. Esta idea vuelve a aparecer al final del texto donde Eliade quiere mostrar que lo que habrían podido conseguir algunos alquimistas a lo largo del tiempo no ha sido oro, sino otro producto de un color similar como el bromuro de azufre.

² En este momento, al igual que la mayoría de los rumanos, Mircea Eliade era de confesión cristiana ortodoxa.

También se ve como Eliade muestra la alquimia como algo del pasado, algo que ha evolucionado para convertirse en química, creencia que parecía tener el autor en este momento. El alquimista que se le aparece en sueños dice “Ellos han inventado cosas totalmente nuevas para mí pero habían renunciado a la piedra” (Eliade, 2001 [1921]: 1). Lo que muestra aquí es que los químicos han descubierto nuevas fórmulas y soluciones pero el alquimista se refiere a ellos como lo que él era, un alquimista. Recordemos que es una aparición de alguien que murió hace 300 años, por lo que tiene sentido que no conociera esta “nueva” profesión.

Ese “nueva” está entrecorillado a propósito porque lo que parecen indicar las palabras elegidas es que Eliade no considera esto una nueva profesión, sino una evolución de algo preexistente. Y es que realmente es así como él llegó a la alquimia; gracias a su interés en la química y a los libros que hablaban de la historia de esta como una evolución de la alquimia. De hecho, habla de más aspectos científicos incluyendo nombres de sustancias y elementos.

El personaje se refiere a él mismo como un “inventor” algo que, si bien puede ser una de las características de un alquimista por determinados momentos o circunstancias en los que se han hecho descubrimientos como el baño maría (ya mencionado anteriormente), no sería una forma correcta de referirse al alquimista porque sería solo un aspecto eventual o accidental de la profesión.

La oración elegida para para terminar el texto también es reveladora en tanto que muestra la percepción de Eliade sobre la alquimia y los alquimistas en este momento: “¿Que qué era? ¡Bromuro de azufre... y sueños!” (Eliade, 2001[1921]: 1). Vemos aquí la idea de que la alquimia no era más que química que los alquimistas enriquecían con sus fantasías que poco tenían que ver con la realidad, ya que como él dice, son sueños.

Después de haber analizado el texto, se puede llegar a la conclusión de que la última oración del cuento resume muy bien el pensamiento que Eliade tenía sobre la alquimia en este momento. Era un adolescente que acababa de hacer su primera incursión en la alquimia y lo había hecho debido a los libros de historia que había leído sobre química que la mencionaban como *Historie de la Chimie* o la *Collection des Alchimistes*, escrita por Berthelot, un químico francés, por lo que probablemente su visión de la alquimia estuviera sesgada.

Quizás este es el punto de partida de muchas de las personas que se interesan en la alquimia por primera vez o la forma en la que la alquimia llega al conocimiento de los individuos en primer lugar. Conforme se va adentrando en la alquimia y en oriente y empieza a leer textos de diferentes lugares, su percepción irá cambiando. A esto también habrá que sumarle su creciente interés en el mundo místico y religioso que también influirá en su idea sobre la alquimia.

7.2. Alquimia asiática y alquimia babilónica.

7.2.1. *Alquimia asiática*

El siguiente libro relacionado con la alquimia que publica Eliade se llama *Alquimia asiática*. Es un libro que publica con 27 años, es decir, 13 años después de su primer texto sobre alquimia (analizado en la sección anterior). Esta obra es diferente porque no es una historia fantástica, sino que es un manual fruto de investigaciones que, además, escribe tras su estancia en la India y en el Himalaya.

Tan solo tres años más tarde, publicaría *Cosmología y alquimia babilónicas*, que si bien trata la alquimia de otro territorio, continua la senda marcada en el libro anterior, ya que como indica Eliade en el prefacio de *Alquimia asiática*, su intención era haber publicado ambos volúmenes en el mismo libro.

Desde la primera página del libro se puede observar un cambio de opinión desde el anterior escrito a este. Además, a lo largo del libro va a repetir constantemente su punto de vista en diferentes secciones. Eliade expone que la alquimia ha sido estudiada por los historiadores como una prequímica, centrándose en los aspectos y cualidades científicas que podían relacionarse con el mundo moderno, e incluso dándole prioridad o favoritismo a aquellos alquimistas que mostraban cierto rechazo a la leyenda alquímica y sus mitos.

Sin embargo, para él es evidente que la alquimia no fue una prequímica, o al menos, no lo fue en todas partes ni durante todo el tiempo.

He tratado de demostrar...que la alquimia no ha sido ni en todas partes ni siempre una prequímica; que si una nueva técnica científica, de la que nació la química moderna, se separó en un momento dado de las técnicas alquímicas,

ello no significa que estas últimas fueran pragmáticas en su totalidad. (Eliade, 1992 [1934], p. 11).

Esta cita puede encontrarse, como ya se expuso anteriormente, en la primera página del primer capítulo del libro. Sin embargo, no será la única ocasión en la que Eliade exprese su idea de forma tajante. Si bien no aparece con estas palabras exactas, esta misma idea puede encontrarse en múltiples ocasiones a lo largo de todo el texto, tanto en la parte de alquimia china como en la parte de alquimia india. En la página 23 dice “la alquimia debe juzgarse con documentos de este género y no a partir de documentos prequímicos”, en la 27 dice “la alquimia fue y continua siendo una técnica espiritual”...

Esta idea pues, va a ser su hilo conductor a lo largo del libro, y nos lo deja claro tanto en las citas anteriormente mencionadas como en las palabras de las páginas 30, 35, 40, 45, 51, 52, 66, 67, 69, 77 y 79. Por supuesto, para hablar de esa idea que es su hilo conductor y para justificar este punto de vista que muchos otros autores no comparten, Eliade va a dar una serie de argumentos que permiten entender por qué él ha llegado a esta postura.

Uno de estos argumentos se refiere a la importancia del oro alquímico, que en la tradición literaria china cobra más importancia que el oro real, si bien este “oro” transmutado no era oro realmente. La relevancia viene dada por el ritual que tiene lugar para conseguirlo, los actos religiosos mediante los cuales el alquimista podía obtener esa sustancia que, a diferencia del oro corriente, podría prolongar la vida o mostrar signos de rejuvenecimiento como recuperar el color del cabello (entre otras virtudes mágicas) al ser consumido; característica no atribuida al oro común.

Este proceso para conseguir oro en China estaba muy ligado al taoísmo, por eso Eliade habla de esta creencia en su libro, justificando así el aspecto religioso de la alquimia. El objetivo, en este caso, era eliminar el yin y aumentar el yang de los metales, consiguiendo así una purificación del metal elegido, ya que al yang se le vinculan virtudes como la salud, la longevidad, la inmortalidad...

Además del taoísmo, Eliade habla la metalurgia como disciplina que alimentó el folklore del pueblo chino a la vez que hacía que la vida espiritual de este creciera, ya que la metalurgia era algo cargado de sacralidad. Al igual que la alquimia, tenía rituales, y en estos se consumaba realmente un acto de creación, ya que en los hornos se creaban

metales a partir de minerales. Se puede ver aquí un claro enlace con la alquimia y la idea de transmutación, por ejemplo, y es por eso que Eliade dice que “La alquimia es creada en un ambiente saturado de lo fantástico, extrajo sus elementos de la experiencia fantástica de toda una raza”. (Eliade, 1992 [1934], p. 31).

No solo son aspectos fantásticos de los que se nutre la alquimia, también se relaciona con la mística, los mitos y otros aspectos imaginarios que ya estaban arraigados en la cultura china. Uno de estos aspectos es la respiración, algo que se relaciona tanto con otras técnicas espirituales como con la alquimia india, en la que controlar la respiración se vuelve esencial en los rituales.

Pero Eliade no se queda aquí, sino que defiende que conforme pasa el tiempo, la alquimia se hace más espiritual en China “Desde el siglo X... la alquimia se asemeja a la técnica de meditación, de las purificaciones mentales, de la educación psíquica” (Eliade, 1992 [1934], p. 40), y es que, si bien su posición con respecto a la espiritualidad de la alquimia es clara, también reconoce que hay una parte más pragmática, algo que denomina “alquimia exotérica”.

Se puede decir que esta alquimia exotérica pierde interés en favor de la alquimia esotérica conforme van avanzando los siglos. De hecho, Eliade afirma que el alquimista taoísta del siglo X “renuncia a preparar el oro y concentra su atención en las posibilidades espirituales”, haciendo que la alquimia tenga un carácter más místico aun si cabe.

En la segunda parte del libro *Alquimia asiática*, y como ya se ha señalado anteriormente, Eliade habla de la alquimia india, que vincula tanto con la alquimia china como con aspectos religiosos y mágicos. Uno de estos vínculos es el de la respiración, en este caso ligado a una técnica de yoga llamada “pranayama”, y que según la tradición india permite alargar la vida a través de ciertas técnicas de control de la respiración. Entra en juego aquí también los mitos que existían en la India sobre yoguis que habían conseguido vivir varias centurias.

Pues en este contexto, de nuevo mítico, místico, mágico... nace la alquimia india según nos indica Eliade. “Estas leyendas nos introducen en el ambiente natural en que se desarrolló la alquimia india” (Eliade, 1992 [1934], p. 48). En esta zona, la disciplina

tiene otro nombre que es propio de la india: rasayana³. Aun con un nombre diferente, los objetivos son similares: recuperar la salud, rejuvenecer, prolongar la vida...

Para conseguir esos objetivos se recurría a rituales de naturaleza tántrica que, a diferencia de la alquimia que hemos tratado anteriormente, no utilizaba compuestos químicos, lo que hace que Eliade la utilice como argumento para apoyar su punto de vista, ya que se aleja de la química que muchos investigadores quieren ver en la alquimia para acercarse, como ya se ha mencionado anteriormente, a las técnicas espirituales, mágicas y místicas. Esto se apoya en testimonios que Eliade estudió y que incluye en su libro de personalidades como Albiruni o Madhava.

De igual forma, esto no significa que la India no se haya intentado transmutar metales ni que esta parte de la alquimia no haya estado presente en ningún momento. De hecho, hay leyendas indias en las que se habla de ascetas que eran capaces de transformar metales como el bronce en oro a través de una cocción, por lo que el interés por la transmutación también es típico de la zona.

La pregunta es: ¿Estaba el alquimista indio interesado en esta transformación de los metales en oro? Eliade tiene clara su respuesta; y es que no. Lo que les interesaba era la mística que había detrás de esa transformación del metal, el valor cósmico que el metal pudiera tener o que pudiera derivar de la transmutación, la función que tendría esta transmutación en cuanto a su objetivo de conseguir un elixir para la inmortalidad o la capacidad de curación que esta transformación podría tener para enfermedades como la lepra, por ejemplo, tal y como muestran textos como el *Rasahridaya*.

Junto a este texto, nuestro autor menciona otros para hablar del escaso valor químico o científico con el que cuenta, algo que ayuda a soportar su tesis. Uno de estos es el *Rasendrachintamani*, que habla de las propiedades que tiene el mercurio cuando se “mata” con azufre. Dependiendo de la cantidad de azufre añadida, se podría utilizar para curar la lepra, para que las arrugas desaparezcan e incluso podría ser la panacea. Si bien el valor químico que muestra este texto es irrelevante por la imposibilidad de mezclar tanto azufre con mercurio, es cierto que vemos una alquimia más experimental e incluso algo menos mística que los ejemplos que Eliade nos había facilitado hasta ahora.

³ Pese a que en este momento Eliade explica que Rasayana, por el lexema “rasa” tiene una conexión con el oro, más adelante explica que esta fue una malinterpretación de la misma por parte de uno de los autores que él estudio (Alberuni), y que realmente se utilizaba con el sentido de mercurio. De igual forma, ambos elementos están conectados con la alquimia.

Pero Eliade no habla de esto texto para contradecir su idea principal, todo lo contrario, y es que, en estos textos que menciona Eliade, él no ve alquimia (o al menos no la que él considera alquimia de verdad), ya que considera que las estructuras mentales de los que practicaban lo que se describe en el texto anterior no eran las mismas que las de los alquimistas que se centraban en la mística con los ejemplos expuestos anteriormente.

Para él, esto sería una prequímica, una ciencia rudimentaria que si bien compartía técnicas con la alquimia y e incluso tenía paralelismos con la misma, no era la misma disciplina, ya que ese objetivo espiritual de la alquimia no estaba tan presente como debiera. Por lo tanto, su verdadera intención al incluir estos textos es demostrar una vez más la necesidad de que haya mística para que algo pueda considerarse alquimia, separando así las técnicas anteriores de estas otras que podrían hacer que la alquimia india se viera como una prequímica.

La química existía desde el principio, paralela e independientemente de la alquimia. [...] Solo quien haya olvidado el sentido de la alquimia puede vincularla a la química. La alquimia participa de una cierta función espiritual por el medio que sea. [...] La química es una técnica destinada a conocer y dominar el mundo material, físico-químico. (Eliade, 1992 [1934], p. 67).

Al igual que en China, en la India también se practicó la metalurgia y, al igual que en China, también tuvo un origen sagrado. Sin embargo, la influencia de la metalurgia en la alquimia india se refiere a la alquimia como la técnica menos mística que hemos mencionado en los párrafos anteriores, ya que como hemos podido ver, en la India se ha llamado alquimia a dos técnicas distintas.

Eliade quiere dejar claro este punto diferenciando en primer lugar, la rasayana que es la mística, la ligada con el tantrismo y con la magia, una alquimia metafísica. En segundo lugar el habla de una técnica más relacionada con la metalurgia, las técnicas industriales y la medicina, una técnica que algunos llaman también alquimia pero que para Eliade se aleja de su significado original para acercarse más a lo que los historiadores denominan pre-química, y que no comparten ni significado ni lenguaje.

Aun así, nuestro autor hace hincapié en que esta segunda técnica no tuvo tanto éxito en la India como algunos afirman.

En este mismo volumen, además de hablar de la alquimia asiática, Eliade habla del mito de la alquimia. Esta sección comienza igual que comenzaba la anterior, por si no hubiera quedado claro cuál es la postura de Eliade: “No hace aún mucho tiempo se consideraba la alquimia como una protoquímica...”. (Eliade, 1992 [1934], p. 77).

Ya en la introducción de este trabajo se comentaba cómo los historiadores se interesaban en la alquimia para así buscar cualquier elemento que tuviera que ver de alguna forma con la química, centrándose pues en los fenómenos químicos descritos en textos y considerando la alquimia como una protoquímica, algo que sin duda influyó a la hora de estudiar la disciplina que nos ocupa.

Pese a que los alquimistas contribuyeron al desarrollo de las ciencias naturales con sus distintas técnicas, no fue este acto algo intencional, sino que ocurrió de forma indirecta, consecuencia del trabajo que hacían con compuestos, metales y minerales. El punto de vista de Eliade es que ver la alquimia como prequímica por estos hechos supone haber juzgado los textos alquímicos de una forma no muy correcta, quizás sin tener en cuenta las implicaciones filosóficas y el contenido místico que estos albergan.

Y es que, la alquimia, en cualesquiera de los lugares donde aparece, va acompañada de una mística, un esoterismo que no puede dejarse atrás. Hemos visto que en China estaba relacionada con el taoísmo, en la India estaba relacionada con el yoga y el tantrismo, pero en otros lugares también está relacionado con la tradición mística de la zona. Por ejemplo, en Egipto está relacionada con la gnosis y el hermetismo. Todo alquimista sabe que la disciplina que practica está relacionada con el esoterismo.

Esta relación viene dada por muchos factores, pero uno de ellos es el secretismo con el que trabajaban los alquimistas para transmitir sus técnicas y sus doctrinas, ocultando textos, utilizando un lenguaje que no cualquier persona pudiera entender, un código que no estuviera al alcance de individuos que no tuvieran relación con la alquimia, fábulas... Incluso los propios alquimistas advierten a los futuros alquimistas que es así como debe hacerse y perpetuarse la disciplina, a través de este tipo de técnicas.

Este secretismo se mantenía para cualesquiera métodos o recetas de los alquimistas, incluyendo aquí las curas para diferentes enfermedades, la obtención del elixir que permita la inmortalidad, la obtención del oro alquímico..., es por eso que también cada alquimista seguía probando y buscando nuevas fórmulas y procedimientos, haciendo así descubrimientos que han ocasionado que muchos la vieran como prequímica.

Otra de las consecuencias de este secretismo según Eliade es que han producido cientos de leyendas de personas que, siendo alquimistas, habían conseguido la inmortalidad y vivían entre el resto de los seres humanos disimulando sus cambios. Uno de los casos más famosos es el de Nicolás Flamel que ya comentábamos en una sección anterior, pero volviendo a la alquimia asiática, hay una amplia literatura en la India que expone casos de yoguis que vivían cientos de años.

En el caso de la India, parece ser que este secretismo estaba relacionado con Buda. Él no dejaba a los bhikkus mostrar sus poderes, por lo que de igual forma los alquimistas tampoco podrían haberlo hecho para no confundir o desorientar al resto de los mortales. Esta es solo una explicación posible, aunque el secretismo no era algo exclusivo de la India, sino algo común.

A parte del secretismo, Eliade también nos habla de otros puntos en común que ha mostrado la práctica de esta disciplina en diferentes lugares. Entre estos puntos, nos habla de mitos con árboles, plantas o fuentes capaces de conceder la inmortalidad. Eliade menciona varios ejemplos de mitos así en diferentes tradiciones: el soma védico, el haoma iranio, la ambrosía griega...

Otro punto en común entre las alquimias de diferentes lugares que se comenta en este volumen son los rituales de iniciación. En el caso de la India, se habla de un ritual preexistente en el sistema tradicional indio que se relacionaba con el rejuvenecimiento, técnica que se incluyó a posteriori en la alquimia con este mismo sentido. Esta idea es relevante porque los rituales de iniciación se relacionan íntimamente con el esoterismo y la espiritualidad, por lo que la existencia de este tipo de rituales en la alquimia también apoya la visión que Eliade ha querido proyectar durante todo el libro.

Otra de las grandes ideas sobre la alquimia que Eliade introduce en este libro es la de la madre tierra como matriz, centrándose en los textos de la India a los que tuvo acceso, uno de los cuáles dice lo siguiente: “Buda, en su gran misericordia, reveló el

método de trabajo (alquímico) del fuego y enseñó al hombre a penetrar de nuevo en la matriz” T'ai si K'eu Jiue (citado en Eliade, 1992 [1934]:87).

Pese a que el texto que comenta Eliade es uno de la India, esta idea de la matriz está presente en otros lugares y es algo que él mismo seguirá investigando en posteriores publicaciones. Y es que la matriz es importante porque muestra la idea de retornar al seno, de regenerar algo que se creó en ese lugar, lo que se identifica con el deseo alquimista de rejuvenecimiento y vida eterna.

Esta idea de matriz también se relaciona con la alquimia a través de la metalurgia, disciplina con cierto carácter obstétrico que muestra los minerales como embriones que crecen dentro de la Tierra. El metalúrgico se interpreta como la persona que interviene en el desarrollo del embrión colaborando con la naturaleza y acelerando el proceso de crecimiento del metal, utilizando, entre otras herramientas, el fuego. Esta idea se transfirió a la alquimia pero de una forma más ambiciosa.

Los alquimistas no solo buscaban acelerar el crecimiento del mineral. Ellos fueron un paso más adelante e intentaron acelerar la “maduración” del metal para así convertirlos en otros más nobles, porque la teoría era que cuanto más tiempo estuviera un metal madurando, mejor sería su calidad, hasta llegar al oro que sería el tope por ser el metal más apreciado (por las propiedades mágicas que a este se le atribuían).

Ambas ideas sobre la matriz tienen algo en común, un objetivo que Eliade relaciona íntimamente con los alquimistas, que es el control del tiempo. Esto se explica porque al hacer que un metal “madure”, lo que se está intentando hacer realmente es controlar el tiempo para que “crezca” antes. La idea de retornar a la matriz o rejuvenecer no es más que el deseo por controlar el tiempo para así no envejecer; por lo que el alquimista parece que está buscando realmente reemplazar lo que el tiempo ya hace. Para conseguirlo, el alquimista necesita algo que ya se ha mencionado varias veces: el elixir.

Con respecto al párrafo anterior, Eliade tiene la siguiente opinión: “La intervención activa del alquimista en el ciclo natural introduce un elemento nuevo que podríamos calificar de escatológico”. (Eliade, 1992 [1934], p. 93). Esto es porque realmente el alquimista está anticipando el fin de algunos procesos de la naturaleza, si se entiende que los metales van creciendo hasta madurar completamente y convertirse en oro.

En relación al oro, Eliade también intenta explicar por qué era tan importante para los alquimistas este metal. Él piensa que este valor es dado por el *homo religiosus* “El valor de ese metal obedece en último término a razones esencialmente simbólicas y religiosas” (Eliade, 1992 [1934], p. 90).

Realmente el oro es muy difícil de obtener, y no era común que se utilizara para la fabricación de objetos como armas también por la dificultad de maniobrar con él. Sin embargo, este valor del oro es algo que, pese a que la alquimia hoy en día ya tenga un papel residual, se mantiene. Quizás ya no sea un valor sagrado como el que tenía antes pero sí que tiene un gran valor simbólico.

Teniendo en cuenta estas ideas, observamos como para el autor, el alquimista es el que de alguna forma intenta culminar varias tradiciones y proyectos que existían previamente, relacionados todos con la transformación de la naturaleza. Esto es expresado en la alquimia con la transmutación de los metales, cuyo objetivo final era el de conseguir algo que concediese la eterna juventud y curara las diversas enfermedades que existían.

Pese a que la alquimia es considerada por Eliade una disciplina independiente, vemos entonces como tiene relación con otras técnicas pasadas a través de sus argumentos; pero no se queda aquí. También puede verse relación con las ciencias modernas, ya que realmente ese objetivo que comentaba el autor sobre controlar el tiempo también ha sido perseguido por científicos modernos, aunque fuera de una forma diferente, y se ha conseguido crear unos preparados a través de elementos otorgados por la naturaleza que han permitido alargar la vida (aunque no sea eterna).

Esto no quiere decir que la alquimia sea una protoquímica, una protomedicina o cualquier otro tipo de protociencia de las que existen actualmente. Si acaso, una expresión que sí se podría utilizar para denominar a la alquimia es la de “ciencia tradicional”. En cualquier caso, lo que Eliade expresa es que el ser humano tiene un objetivo desde hace cientos de años y para conseguirlo se ha servido de ciencias independientes, que contaban y cuentan con diferentes métodos y creencias.

7.2.2. Alquimia babilónica.

Tan solo tres años después de publicar *Alquimia asiática*, Eliade publica *Cosmología y alquimia babilónicas*. Mientras que en su anterior obra se esforzó por dar

decenas de argumentos que apoyaran su punto de vista, en este libro se va a dedicar a hablar de cómo influyó la alquimia babilónica en otras alquimias como la europea. Eliade considera que la cosmología fue muy influyente para las ciencias naturales que se dieron en Mesopotamia, considerando incluso que sin entender esta parte de su cultura, no sería posible entender el resto de concepciones de su mundo.

También hará un recorrido por otras disciplinas que influyeron por una razón o por otra a la alquimia, y comentará creencias de los pueblos mesopotámicos que fueron luego parte característica de la alquimia tal y como hoy la conocemos, mostrando así de nuevo su parte espiritual. Esto es algo en lo que hace énfasis porque según dice, hay cierto tipo de investigador conformista que no comprende esta nueva forma de proceder que se ocupa también de la parte espiritual

En el prefacio de este libro menciona al anterior para volver a señalar que ni la alquimia india ni la china eran prequímicas ni cualquier otro tipo de protociencia empírica. Además, presume de que esta idea ha sido bien acogida entre los investigadores, que la consideraron una obra de erudición (pese a que él no creyera eso). Él solo considera que su trabajo ha seguido un método que no se había utilizado antes para estudiar esta disciplina.

En la sección anterior comenzábamos mostrando las páginas en las que Eliade comentaba que la alquimia era una ciencia espiritual (para lo que daba diferentes justificaciones en cada una de ellas). Era un gran número de páginas, y esto es algo que reconoce en el prefacio de este libro también y además explica por qué tuvo que hacer eso: “el carácter revolucionario de nuestra interpretación nos obligó a ofrecer un abundante aparato crítico para probar hasta la saciedad la validez de nuestras afirmaciones” (Eliade, 1993 [1937], p. 10).

Al poner la misma idea en numerosas ocasiones pero con diferentes ejemplos y fuentes, lo que quería conseguir era que lo creyeran pero no por ser Mircea Eliade, sino porque su trabajo estaba bien fundamentado y tenía sentido, y así aprovecha para hacérselo saber al principio de este volumen. Esto lo hace porque sus primeros trabajos no fueron bien recibidos, incluso su libro anterior, *Alquimia asiática* fue bastante criticado en su país de origen, Rumanía.

Esta crítica se debía a que escribió sobre una alquimia que según decían, no era de interés en ese país por ser de otra zona del mundo. Esto, como hemos podido comprobar, no tiene mucho sentido debido a la conexión que hay entre las diferentes alquimias que se han practicado, compartiendo objetivos, procedimientos y materiales.

Uno de los puntos que contribuyeron enormemente al desarrollo de la alquimia fueron los metales, pero no su descubrimiento, sino la metalurgia; la forma en la que empezaron a tratarlos, ya que se crearon en las personas estructuras mentales que previamente no se habían planteado y se les empezó a dar un significado cosmológico que antes no se había considerado, lo que conllevó a la aparición de nuevos símbolos, nuevos rituales... Una nueva espiritualidad que abrió las puertas a la creación de nuevas disciplinas.

El primer capítulo de este libro empieza de una forma muy parecida a de su publicación anterior:

“Los historiadores de las ciencias han cometido el error de método [...] han iluminado con la máxima luz los fragmentos de “verdad científica” [...] y a observaciones científicas o técnicas de metalurgia les han concedido una importancia que en realidad no tuvieron nunca en las civilizaciones mesopotámicas” (Eliade, 1993 [1937], p. 15).

Igual que pasaba con la alquimia china y la alquimia india, los historiadores que se han dedicado a la alquimia babilónica lo han hecho desde el punto de vista científico, buscando o tratando esta disciplina como una protoquímica, algo con lo que, como ya hemos visto anteriormente, Eliade no está de acuerdo. De hecho, estos autores consideraban tanto la alquimia como la metalurgia de ese momento (entre otras disciplinas) como ciencias en una fase atrasada de la humanidad, como un paso previo a lo que realmente era importante.

Esto es debido al hecho de que estas disciplinas eran místicas, incluían magia, elementos religiosos, astrología, supersticiones... elementos que, aunque ellos no mostraran o no estudiaran por no considerarlo importante, eran conscientes de su existencia, si bien parece que no eran conscientes de su valor. Por lo tanto, el tratamiento que se les ha dado a los fragmentos estudiados es erróneo desde el punto de

vista de Eliade, porque se aparta una perspectiva completamente necesaria para entender cómo eran realmente estas ciencias.

Eliade afirma haber cometido algunos errores incluso en su anterior libro, *alquimia asiática*, a la hora de elegir textos con los que estudiar la alquimia de esa zona o de un momento determinado, algo que intenta cambiar en este libro. Eliade comenta: “las ciencias naturales no deberían ser valoradas a la luz de las leyes de la ciencia europea” (Eliade, 1993 [1937], p. 22). Elegir textos escritos desde la modernidad científica europea para entender la alquimia asiática, por ejemplo, hace que el trabajo sea subjetivo. Por lo tanto, uno de los esfuerzos que hace por mejorar desde su anterior publicación a esta es la elección de textos acordes con lo que se estudia.

Los textos de la modernidad científica europea podrían quizás funcionar para entender la alquimia en Europa, pero no para una cultura tan diferente como la asiática, y utilizarlos llevaría a conclusiones etnocentristas que por supuesto, poco se acercarían a la realidad.

Por supuesto, al tratar culturas tan antiguas y ciencias que empezaron a ponerse en marcha hace cientos de años, encontrar textos válidos no es tarea fácil. Evidentemente, algunos han sido conservados, pero en muchas ocasiones se encuentran evidencias a través de otros símbolos o de cosmografía, por ejemplo. Aun así, Eliade da mucha importancia a los textos escritos que desde su punto de vista, ofrecen una claridad difícil de conseguir a través de otras manifestaciones.

Para entender la alquimia babilónica, Eliade nos muestra algunos factores básicos de esta cultura. Entre ellos, la importancia de la cosmología, ya que consideraban que había una similitud total entre el cielo y la tierra, que todo lo que existe en nuestro es un reflejo o tiene una correspondencia en el cosmos. De hecho, los primeros documentos geográficos en Babilonia son denominados por Eliade como “geografía mística” porque realmente sus mapas reflejaban el que ellos consideraban el mundo celeste.

Una de las correspondencias de las que se habla en este libro es la de los planetas con los metales, ya que según las creencias de Babilonia, a cada planeta le correspondía un metal diferente (y además, cada planeta ejercía una influencia en su metal). Por otra parte, en cada planeta había un dios. El dios que gobernaba en el planeta que se correspondía con el oro era Enlil, dios supremo del aire que forma parte de la triada

suprema de la religión de los babilonios, siendo así uno de los dioses más importantes en Mesopotamia.

Estas relaciones mágicas entre metales, los dioses y los planetas pueden explicar la importancia que ha tenido el oro en la alquimia, al menos en Babilonia, aunque Eliade explica que los griegos cogieron sus correspondencias de estos pueblos también. Igualmente, otras sociedades como la árabe también podrían haber tomado estas ideas de esta sociedad, algo de lo que nuestro autor no está del todo seguro.

De igual forma, lo que sí confirma Eliade es que estas ideas mesopotámicas están presentes en la alquimia, como estamos relacionando en estos párrafos: “Los árabes [...] lo cierto es que las hicieron penetrar en las ciencias medievales, concretamente en la alquimia” (Eliade, 1993 [1937], p. 42).

También trata Eliade la idea del tiempo, algo que ya discutió en *Alquimia asiática*. Para la civilización sobre la que trata este el libro, el tiempo real era el litúrgico, un tiempo que se consideraba sagrado y en el que el ser humano podía participar a través de rituales. A través de estos, creían que podrían conseguir llegar a la eternidad, al tiempo absoluto. Esto nos recuerda a ese objetivo que según comentaba nuestro autor, tenían los alquimistas. El objetivo de llegar a la inmortalidad, meta en la que subyacía la necesidad de controlar el tiempo del ser humano.

Otro de los puntos que la sociedad babilónica tenía en común tanto como con China como la India, y que Eliade comentaba en su libro anterior que era importante en la alquimia es la respiración. Las tres sociedades consideraban que la respiración sostiene al cuerpo humano a la vez que lo recorre, por lo tanto es un pilar fundamental del mismo, razón por la cual puede que la alquimia le haya prestado una atención especial a la forma en la que esta actividad se desarrolla.

También se comenta en esta obra que, entre las creencias de esta sociedad, se observa la existencia de una copa llena de “agua de la vida” (líquido al que se le atribuyen propiedades sagradas) que además era de color rojo, color característico de la famosa piedra filosofal. Pero lo más importante para nosotros es que esta idea de un elixir que además se llama “agua de la vida” se puede relacionar, al igual que lo anterior, con la alquimia.

Como se ha adelantado en las páginas anteriores, Eliade le dedica una parte del libro a la metalurgia, al igual que hiciera en su obra anterior, y esto es por la importancia que él cree que tiene esta disciplina para el posterior desarrollo de la alquimia. En esta parte del libro ya no solo se centra en Babilonia, sino que habla del poder e influencia de esta disciplina en diferentes partes del mundo.

En primer lugar, se habla de la importancia y el poder de los metales, algo que les confería el haber “caído del cielo”, es decir, el haber llegado a la tierra como meteoritos. Esto hacía que les fueran atribuidos innumerables poderes mágicos. La otra posibilidad es que hubieran sido extraídos del interior de la tierra, y al ser considerada esta como “matriz” que engendraba a los metales, como Eliade comentaba en su obra anterior, también se pensaba que tenían propiedades mágicas.

Por estos mismos motivos es por lo que la metalurgia se realizaba a través de rituales que no podía llevar a cabo cualquier individuo, y que requerían que los que la practicaban se sometieran a métodos de purificación. “En China y en la India, las calderas en que se fundía el mineral estaban rodeadas de una zona sagrada y protegida por fuerzas mágicas” (Eliade, 1993 [1937], p. 55). Por otra parte, Eliade también comenta que en Europa esto influyó de tal manera que cuando abrían nuevas minas, se celebraban actos religiosos, algo que sucedió hasta llegado el final de la Edad Media.

Teniendo en cuenta lo anterior, tiene sentido que los herreros fueran personas notables en la sociedad, muchas veces muy respetadas pero también muy temidas (dependiendo de la zona) por la magia que se creía que practicaban.

Estas mismas personas se encargaban tanto de guardar como de transmitir el secreto de estos rituales, algo que luego pasaría a la alquimia también. Eliade también habla de este proceder en Egipto, donde de igual forma que en Asia, la metalurgia era practicada por sacerdotes o personalidades que se consideraba que poseían habilidades mágicas.

Pese a la importancia del oro en la alquimia que ya se ha mencionado en varias ocasiones, también se menciona aquí la importancia del hierro o el bronce entre otros materiales, especialmente el hierro como símbolo de vida, algo relacionado con que se haya extraído de la “matriz” de la madre tierra. Esta creencia se ha dado en lugares dispersos que incluyen tanto las sociedades que hemos comentado en las últimas páginas como otras sociedades más lejanas situadas en la península del Yucatán.

A esa concepción sobre el hierro se añade que, para la civilización mesopotámica, una de las características tanto de los metales como las piedras es que viven mucho más tiempo que el ser humano, pese a que tengan una vida similar en tanto en cuanto se refiere a la reproducción, las bodas, el nacimiento y muerte o el sufrimiento.... Esto hace que para los humanos sea beneficioso el uso de estos, porque de alguna forma pueden llegar a “contagiar” esa vitalidad superior haciendo que tengamos una vida más larga. Esta concepción se puede enlazar también fácilmente con la alquimia, ayudándonos a entender la importancia de los metales en esta disciplina para conseguir el elixir.

Otro elemento de personificación otorgado a los metales y las piedras es de la sexualidad. Los babilonios diferenciaban entre metales o piedras macho y metales o piedras hembra dependiendo de las características que estos tuvieran, incluyendo la forma o el color entre otras. Eliade menciona esto porque hay textos alquímicos en los que se hace referencia a este hecho. “Los textos alquímicos sirios hablan de magnesia hembra. A su vez, arsenio significa masculino”. (Eliade, 1993 [1937], p.69).

Esta idea que desarrolla Eliade y que sucede en la época del reino babilónico siguió desarrollándose y llegó a la Edad Media. De hecho, según dice, la obtención de la piedra filosofal en Europa pasaría por mezclar elementos tanto masculinos como femeninos, algo que, como podemos observar, tiene poco de química y mucho de mística. Esta mezcla era denominada por los alquimistas como las “bodas de los metales”.

Lo que intentaban buscar con estas bodas de objetos inanimados era conseguir armonía a través de una combinación de dos elementos diferentes, algo que tiene su origen en la concepción babilónica de dualidad sexual. Esto se alargó en el tiempo hasta llegar a la alquimia, y se acabó degradando convirtiéndose en algo mecánico. Eliade, al hablar de esto, lo hace de manera somera e introductoria, y de hecho, su intención es alargar esta explicación en un futuro libro.

Habiendo visto que los metales tienen una vida parecida a la humana en la concepción babilónica, otra fase por la que pasa todo ser humano y que también ellos tienen es la muerte. Cuando habla de muerte, Eliade también introduce la idea de tortura de los metales, algo que aparece en textos sobre alquimia tanto griegos como árabes. Pero es que esto se consideraba necesario para obtener la vida eterna, según Eliade: “[...] elaborada por el mundo alejandrino y cristiano, según la cual la vida eterna solo se puede obtener a través del sufrimiento y la muerte.” (Eliade, 1993 [1937], p.77).

Hay textos que hablan de estas torturas y que incluyen el fuego, por ejemplo, algo que tiene sentido para nosotros porque es necesario en el horno del alquimista, por lo que este concepto de tortura tiene también relación con el tipo de operaciones o procedimientos que el alquimista realiza en sus rituales.

Otro campo relacionado con la alquimia babilónica fue la medicina, ya que en Mesopotamia, esta disciplina estaba muy conectada con la magia y la hechicería, que veían las enfermedades como fuerzas malignas que había que expulsar del cuerpo humano. Los hechiceros, entre otras técnicas, utilizaban piedras que ellos consideraban que tenían propiedades beneficiosas para el cuerpo para así recuperar la vitalidad de este, pensamiento común con los que practicaban la metalurgia.

Por otra parte, una idea que también conecta la medicina mesopotámica con la alquimia es la necesidad de pureza de los médicos babilónicos a la hora de practicar los hechizos que hacían para curar a los enfermos. Había días que no era posible y situaciones que no eran las adecuadas para realizar estos procedimientos, algo como lo que le ocurría a los alquimistas, que necesitaban purificarse antes de hacer sus rituales en el horno. Eliade lo explica de la siguiente forma: “todas las actividades humanas estaban situadas bajo un signo mágico [...] un acontecimiento significativo, una ruptura de la armonía cósmica que no se podía combatir durante un período”. (Eliade, 1993 [1937], p.81).

Después de hablar de la sociedad mesopotámica y de las influencias que esta tuvo en la alquimia babilónica, cuando Eliade se centra en la disciplina como tal, empieza diciendo que ha sido estudiada de forma incorrecta y vuelve a señalar que se ha estudiado como prequímica y que así la han considerado los autores que la habían estudiado previamente. Incluso da el nombre de estos autores con los que no está de acuerdo: Zimmern, Darmstaedter o Abel Rey entre otros.

Todo lo que ha ido introduciendo se va a ver ahora reflejado en su tratamiento de la alquimia babilónica. Por ejemplo, habla de un texto asirio sacado de la biblioteca de Asurbanipal que estos autores habían tomado pero centrándose solo en los procesos científicos, dejando fuera muchos detalles que apoyan toda su teoría. En este texto se habla de que el alquimista tiene que elegir un día propicio para su trabajo en el horno, se habla del sacrificio que tendría que hacer la persona que se encargara del horno, la

necesidad de purificación del mismo e incluso el tipo de madera necesaria para que funcione el ritual. Con esto, Eliade concluye lo siguiente:

“Este documento, cualesquiera que sean las variantes de las versiones [...] no nos permite poner en tela de juicio el carácter sagrado del arte metalúrgico entre los babilonios. Las prácticas descritas en el mismo evocan un ritual más bien que una operación pragmática.” (Eliade, 1993 [1937], p.86).

Si se compara este tipo de texto con otro, para preparar un esmalte, como Eliade pone de ejemplo, se ve una clara diferencia en la forma de redacción que apoya la sacralidad del anterior, ya que para hacer un esmalte la descripción es más técnica, centrándose en números y proporciones y dejando atrás la magia y mística que mostraba el primer texto que hemos mencionado.

Aunque son técnicas diferentes, los alquimistas babilónicos contribuyeron a crear unas verdades científicas por medio de los diferentes rituales y procedimientos que intentaban, y pese a que luego tuvieron un papel importante en la ciencia, no era su objetivo tampoco descubrir esta serie de procesos. Entre los descubrimientos de los alquimistas babilónicos se encuentra el poder de corrosión que tenían los ácidos sobre los minerales.

Eliade continúa utilizando el texto anterior para hablar de los embriones en la alquimia, algo que previamente había introducido en otro capítulo por su conexión con la metalurgia. En este texto, se encuentra la palabra “embrión” en diferentes ocasiones nuestro autor comenta que algunos dudan de si esa palabra en su concepción original se refería a los minerales, como hablaba en un capítulo anterior, o a un aborto humano, ya que los fetos eran muy valorados en la magia negra.

Para Eliade está claro que se tiene que referir al mineral por este mismo hecho. Después de haber expuesto que se necesitaba pureza en el horno, que se buscaba un día propicio, etc... Utilizar un feto o magia negra no contribuiría a crear ese ambiente benéfico para el ritual alquímico, por lo que la operación no sería exitosa. Pese a que se ofrecieran sacrificios, no parece que fueran de este tipo.

De hecho, al considerar los minerales embriones que habían nacido de forma prematura, lo que también se veía como una especie de aborto, estos también tenían que ser purificados. De esta forma se conseguían evitar los “efectos secundarios” que pudieran surgir al utilizarlos.

Al hablar de alquimia babilónica, Eliade vuelve a mencionar el término matriz que ya utilizó en ocasiones anteriores para explicar la visión que tenía el pueblo mesopotámico sobre la tierra. En este caso, desarrolla el hecho de que este pueblo dejara descansar las minas cada cierto tiempo para que se regenerara, y para ello las cerraban por todos lados.

Esto se incluye ya dentro de la alquimia babilónica porque fue una idea que impregnó a esta pero que hizo que se desarrollara más adelante en la alquimia europea, en la que los que la practicaban también pensaban que los minerales se iban formando en la mina poco a poco de forma orgánica. Eliade habla de varios alquimistas europeos que apoyaban esta teoría.

A eso se añade algo que él ya había tratado en la alquimia asiática sobre la creencia de que los minerales estaban compuestos de mercurio y azufre, solo que en este caso, va unido a esa concepción sexual dual babilónica: “el azufre se comporta como el germen masculino y el mercurio como el germen femenino”. (Eliade, 1993 [1937], p.97). Afirmación muy importante también en la alquimia europea. Sin embargo, Eliade dice que esto es algo que tratará en un futuro libro que según él, continuaría lo que ha empezado en este.

Habiendo explicado todas estas relaciones entre disciplinas, Eliade habla del momento en el que la alquimia llega a ser una ciencia independiente. Sigue siendo mística, y no quiere decir que ya no tenga las correspondencias que hemos visto con disciplinas como la metalurgia, pero desarrolla su propio vocabulario, sus propios símbolos y sus propias técnicas. Estas técnicas, nuestro autor vuelve a recalcar, no son científicas por mucho que los alquimistas descubrieran procesos químicos actuales.

Siguiendo con esto, tenemos las siguientes palabras: “Cuando el alquimista trataba de perfeccionar el metal transmutándolo en oro, se esforzaba de hecho por perfeccionarse a sí mismo”. (Eliade, 1993 [1937], p.103). Al decir esto, vemos una conexión con los significados antes mostrados a través de la metalurgia y la cosmología

babilónicas, la búsqueda de la perfección, de la pureza y no solo del metal, sino del propio alquimista.

Ese perfeccionamiento, esa concepción, siguió también en la posterior alquimia europea, aunque según Eliade se gestó en Mesopotamia fomentado por la magia y la cosmología presentes en la cultura. Lo que se pretendía era conseguir una perfección, armonía o equilibrio, de ahí las múltiples referencias que el autor hace a esto durante todo su libro.

7.3. Herreros y alquimistas.

Diecinueve años después de la publicación de *Cosmología y alquimia babilónicas*, Eliade publica *Herreros y alquimistas*, su siguiente libro dedicado a la alquimia. Pese a que en el prólogo Eliade dice que este libro es pequeño, esta publicación es considerablemente más larga que las que publicó con anterioridad. Es pequeña si se tiene en cuenta todo lo que queda por decir sobre la alquimia que él no llega a mencionar, pero dentro de sus obras sobre la alquimia, es la más extensa.

En este volumen sobre alquimia Eliade desarrolla conceptos ya mencionados en sus obras anteriores pero teniendo en consideración nuevos materiales que han aparecido durante los 25 años en los que no publicó nada sobre alquimia. Además, empieza a hablar de la alquimia en otras zonas tales como Europa o Egipto, algo que veremos en diferentes capítulos y a lo que no había prestado tanta atención antes.

En este volumen se habla también de mitos, rituales y símbolos relacionados con la alquimia y se compara al alquimista con otros personajes como los mineros o los herreros, ya que lo que se intenta es entender el comportamiento y la función que estos tenían en las sociedades primitivas conforme descubrían que podían de alguna forma, alterar la materia. El interés que tenía Eliade al hacer esto era ver cómo estos descubrimientos impactaban al mundo, ya que se iban añadiendo nuevas concepciones que afectaban a las creencias de los ya mencionados mineros, herreros o alquimistas, incluyendo, por ejemplo, la creencia de que los minerales crecían en el vientre de la Madre Tierra.

Asimismo, se exponen en este libro la ideología y las técnicas propias de la alquimia, haciendo de nuevo énfasis en su idea de que la alquimia no era ni una ciencia empírica ni una prequímica en su origen. Eso sí, reconoce que en ciertas partes del

mundo la alquimia dará un giro porque la estructura mental de los que la practicaban cambió, cambiando así su razón de ser. Por lo tanto, Eliade en esta obra mantiene su punto de vista pero entiende el por qué algunos autores consideran que la química nació de la alquimia. “Nació de la desintegración de la ideología de la alquimia” (Eliade, 1978 [1956], p.9).

Dicho esto, Eliade tiene claro que la alquimia es una disciplina anterior a una época más científica y secular y considera un error que haya historiadores que la utilicen para estudiar tanto la química, como cualquier otra disciplina que no tenga algo de mística, ya que sería concederle a la alquimia un papel exagerado en tanto en cuanto se refiere a la experimentación y a la investigación, dejando atrás otros aspectos de más valor y más importantes para este arte.

El título español *Herreros y alquimista*, es traducción del original en francés *Forgerons et alchimistes*. Esta traducción viene de la idea que tenía nuestro autor sobre estos artesanos. Eliade pensaba que en su relación con la materia, estos trabajadores tenían una experiencia religiosa, mágica o mística, tres palabras que nuestro autor utiliza de una forma muy frecuente cuando habla de la alquimia.

Además, su conocimiento era transmitido de una forma secreta a través de rituales de iniciación. Según Eliade: “Esta actitud ritualista hacia la materia supone, de una forma o de otra, la intervención del ser humano en el ritmo temporal particular de las sustancias “vivas”” (Eliade, 1978 [1956], p.9). Esta idea que ya mencionaba en su anterior obra es, según él, el punto de conexión entre los artesanos mencionados.

El primer capítulo de esta obra está dedicado a los meteoritos y como no, a la metalurgia, y es que, según Eliade, es importante entender que los meteoritos tenían desde un principio, un valor religioso muy poderoso, ya que caían del cielo, por lo que estaban cargados de una energía santa, de origen celestial. Uno de los metales a los que más atención se le prestaba era el hierro.

Tanto los egipcios como para los griegos, el hierro que conocían era de origen celestial, y esto hizo que se crearan un gran número de rituales, mitos y símbolos relacionados con este metal que influenciaron la historia de la humanidad de tal forma que según Eliade, es de interés para la alquimia. Según él dice, “El hecho de que se

descubriera cómo fundir el hierro dio un nuevo significado a las técnicas metalúrgicas tradicionales” (Eliade, 1978 [1956], p. 24).

Después de este descubrimiento, el hierro tomó una gran popularidad y los forjadores y herreros que se dedicaban a trabajar con él, se convirtieron en agentes de difusión de mitos y rituales que hicieron que el mundo espiritual de las personas en este momento creciera, introduciendo ideas sobre el crecimiento de los metales, el perfeccionamiento de los mismos, la concepción de la Tierra como madre... Algo que sin duda tuvo una gran influencia en el establecimiento de la alquimia y que Eliade trata en distintos puntos de su libro.

Durante la Edad de Hierro, este metal se consideraba sagrado ya fuera porque venía del cielo o porque se hubiera extraído desde las profundidades de la tierra en diversas culturas como los Bhil en India o los beduinos en el Sinaí. Estos últimos valoraban especialmente el hierro de los meteoritos por ser algo trascendental, algo de fuera de la tierra y por lo tanto algo que no está a fácil alcance. Para Eliade, esto, junto con los mitos existentes como la creencia de que una espada hecha de este metal es invencible, es esencial para entender posteriores etapas en la historia.

Esta creencia sobre el hierro como algo extraordinario se alargó en el tiempo y llegó a otras tantas culturas, y con ella los mitos sobre el poder de los hombres que tenían armas de hierro, que según algunas culturas, podían utilizarse para mantener alejados a los demonios, aunque también se pensara que pudieran ser la personificación del diablo. Esta creación del herrero tiene entonces poderes sobrehumanos, por lo que aquí vemos una similitud con la alquimia que nos hace entender el por qué Eliade menciona esta disciplina, pero las similitudes van más allá.

“las herramientas del herrero también tienen esta cualidad de ser sagrada.

El martillo, el fuelle y el yunque son consideradores objetivos animados y milagrosos. Se pensaba que eran capaces de actuar por si mismos con su fuerza mágico-religiosa, sin necesidad de que el herrero las ayudara [...] Con respecto a los hornos, su construcción está envuelta en misterio y conlleva un ritual” (Eliade, 1978 [1956], p. 29).

Al leer ese fragmento de Eliade entendemos mejor el porqué de relacionar la metalurgia con la alquimia e incluirla en este libro. Esa sacralidad y el aspecto ritual del horno es sin duda una de las tantas influencias que esta disciplina tuvo en la alquimia, que debido a esa sacralidad que se le atribuía, como hemos comentado antes y como Eliade también ha mencionado en varios de sus volúmenes, necesitaba de una pureza que el alquimista debía conseguir, entre otras opciones, mediante sacrificios.

Esta es otra de las conexiones con la metalurgia, y es que los sacrificios de sangre, la inmolación... son temas frecuentes en los textos que tenemos sobre la metalurgia en sus principios. Se pensaba que de una vida nacía otra y esto hizo, según nos comenta Eliade que “la creación y la fabricación fueran inconcebibles sin un sacrificio previo” (Eliade, 1978 [1956], p. 31), algo que apoya lo que se mencionaba en el párrafo anterior sobre la alquimia.

En este volumen encontramos un capítulo llamado “El mundo sexualizado”, que sigue con la línea marcada por el autor en *Cosmología y alquimia babilónicas*. Eliade desarrolla esa idea que introdujo en su anterior obra sobre la sexualización de los metales y los minerales, nombrando otros lugares donde esto también ocurría, ya que en su otro libro se limitó a comentar este hecho en Babilonia. Como hemos mencionado anteriormente, en este libro, Eliade extiende sus miras a otras localizaciones.

Uno de los ejemplos es el del reino de los Kitara en Uganda que dividían los minerales entre masculinos y femeninos dependiendo de su dureza y color. Los masculinos eran los más duros y de color más oscuro mientras que los femeninos eran los más blanco y de colores más claros, algo que no sorprende porque incluso hoy en día se siguen prolongando estas concepciones, solo que aplicadas de una forma diferente. Por supuesto, esta clasificación era totalmente arbitraria y basada en estereotipos, y carecía de cualquier valor científico.

En China también ocurría algo similar con los metales, y fundidores como Yu el Grande distinguía entre metales masculinos y metales femeninos. Para él, y para muchos otros, el matrimonio entre metales era algo básico, idea que traspasaría a la alquimia más adelante. Además de mencionar de nuevo a Babilonia, Eliade también habla de esta concepción entre los judíos o los árabes, que aplicaban esta sexualidad también a las herramientas que utilizaban.

Esta dualidad sexual se ejecuta cuando los metales o minerales se unen, un concepto de boda de metales que Eliade ya mencionaba también en su anterior libro pero que aquí, vuelve a desarrollar. El fuego suele representar esta unión en muchas sociedades primitivas. Se considera entonces que este es fuente de vida, ya que la unión de los metales conlleva la creación de algo nuevo.

Eliade lo explica de la siguiente forma: “Todos estos términos sexuales expresan una concepción cosmológica que tiene una base de hierogamia [...] La producción ritual de fuego reproduce el nacimiento del mundo” (Eliade, 1978 [1956], p. 40). Esto nos ayuda a entender una de las razones por las que el fuego es tan importante en la alquimia, de ahí la necesidad de nuestro autor de incluir esta información en su libro.

Como último tema a tratar dentro de la sexualización del universo, Eliade menciona a la tierra como madre, hablando del “nacimiento de los minerales” en el vientre de la madre, algo que ya introdujo cuando hablaba de Babilonia. Aquí nos habla de las corrientes, las minas y las cuevas como concepción de la Tierra como madre, ya que todo puede relacionarse con la vagina. Esto es realmente una personificación de la Tierra, ya que al atribuirle estas propiedades junto con el hecho de que “da a luz” minerales, se está insinuando que la Tierra está viva.

El sacar los minerales, que según nuestro autor, eran considerados embriones, no es algo que pudiera hacer cualquiera. Lo mismo pasa con los procedimientos que se utilizan para que “crezcan” o “maduren”. Lo que produce esto es que tanto los mineros como los metalúrgicos tengan una gran estima por parte del resto de la población, que los consideraban personas excepcionales por su participación en estos procedimientos mágico-místicos.

Siguiendo con la Madre Tierra, Nuestro autor nos habla de la importancia que tiene la piedra en esta. “La piedra es fuente de vida y fertilidad [...] Los “huesos” de la Madre Tierra eran piedras [...] realidad indestructible, la matriz de la que una nueva humanidad iba a emerger” (Eliade, 1978 [1956], p. 43). Esta concepción que Eliade puede verse en el Antiguo Testamento, pero también en culturas como la inca, la maya así como en lugares de Asia menor.

Al hablar de piedra y ser este un trabajo sobre alquimia, podemos ver el camino que está tomando Eliade para explicar otro de los grandes puntos de esta disciplina. Las

rocas, al igual que los metales, también se piensa que crecen dentro de la Madre Tierra, y entre otras funciones, son importantes porque a través de ellas se generan piedras preciosas. Para cuidar las minas de las que estas rocas eran extraídas, se las dejaba descansar, algo que ya mencionó nuestro autor en su anterior libro para hablar de Mesopotamia pero que aquí vuelve a citar incluyendo otros ejemplos, algo que hemos dicho, es característico en este. En este caso habla de las minas de galena en España que se dejaban descansar durante quince años.

Lo importante es que la Tierra va creando y luego, artesanos como el herrero o el alquimista van continuando lo que esta empezó y van ayudándola a terminar ese trabajo. Esto es algo que Eliade ya mencionaba que *Alquimia asiática*, al igual que Faivre y Needleman, como comentábamos en la breve introducción a la alquimia de este mismo ensayo. “La metalurgia le daba al hombre un sentimiento de confianza y orgullo. El hombre se siente capaz de colaborar en el trabajo de la naturaleza, de ayudar en los procesos de crecimiento” (Eliade, 1978 [1956], p. 47).

Con esa frase, Eliade también quiere volver a recalcar la idea de que lo que los metalúrgicos intentaban al cooperar con la tierra era no hacer el trabajo de la naturaleza, sino el trabajo del tiempo. Esto es un sentimiento que, como ya hemos visto antes, llegó hasta la alquimia. De hecho, nuestro autor piensa que al final de la Edad Media hay una especie de unión entre las tradiciones alquímicas y metalúrgicas, algo que se recoge en libros con *Berbbüchlein*.

En este texto que nuestro autor considera tan importante para entender la alquimia europea de ese momento se dice, por ejemplo, que la plata nace por influencia de la luna, el oro por influencia del sol, que los minerales están creados de azufre y mercurio...Pero una de los puntos que más le llaman la atención a nuestro autor es que en el libro tratan tanto la alquimia más antigua de tradición popular como la que se creó luego en una sociedad más desarrollada.

Para Eliade, esta fusión de conocimientos es importante ya que para él, como está demostrando desde que empezó el libro, las tradiciones más primitivas son esenciales para entender la alquimia y cómo esta se desarrolló luego, como por ejemplo la noción de la Tierra como madre y el proceso obstétrico de los metales. Como se ha mencionado ya en varias ocasiones, el oro es el objetivo último tanto de los alquimistas como de la tierra a la hora de crear metales.

Eliade, después de haber leído el libro anteriormente mencionado, piensa que lo que creían era que la tierra realmente solo quiere producir oro (de nuevo personificándola), pero no siempre puede por obstáculos que va encontrando, dejando esos metales sin completar y dando a luz otros metales menos nobles como el cobre o el bronce por ejemplo, y es aquí donde entra la alquimia para contribuir al trabajo de la Madre Tierra.

El alquimista, con sus herramientas, intenta controlar el tiempo para hacer que esos metales puedan madurar y convertirse en oro, adelantando así un trabajo que de otra forma llevaría siglos y siglos. El metalúrgico por su parte, hace lo mismo, solo que en vez de intentar conseguir oro lo que hace es transformar los minerales en metales, ahorrando también tiempo al ciclo natural de la Madre Tierra.

Esta idea también la ha encontrado Eliade en otras obras que menciona como *Summa Perfectionis* o *The Alchemist*, de Ben Jonson. Él resume lo que ha leído en estas obras con las siguientes palabras: “...El objetivo final de la naturaleza en el mundo mineral es la maduración. La transmutación natural de los metales a oro es su destino. La tendencia de la naturaleza es a la perfección” (Eliade, 1978 [1956], p. 51). Para alcanzarla, como ya hemos mencionado, aparece el alquimista.

Para que todo esto se produzca, primero se deben pues, encontrar los minerales. Nuestro autor dedica un capítulo al completo al lugar donde se encuentran, ya que también está rodeado de mitos. Las minas no son algo que se encuentren de forma fácil. Muchos pueblos pensaban que cuando encontraban una era porque algún dios u otra criatura decidían mostrárselo, y este es un pensamiento que llegó hasta Europa. Ya sabemos que en este volumen Eliade pone mucho énfasis en el viejo continente, y de hecho menciona ejemplos de esta creencia en Francia, Bélgica o España.

Pero no era solo este el único aspecto místico de las minas. Hay una serie de rituales alrededor de estas. Para empezar las excavaciones, para crear los hornos... estos momentos necesitaban de una ceremonia religiosa. En Europa, Eliade menciona que se hicieron hasta el final de la Edad Media. Pero también nos lleva a otras tradiciones ya esta serie de mitos y rituales llegaron a Europa desde otros lugares tales como Malasia o Africa. Uno de los ejemplos que menciona nuestro autor es el de los Bayeka:

“Cuando una nueva galería de la mina se abre, el jefe, junto con un sacerdote y los trabajadores, hacen un rezo a sus espíritus de cobre ancestrales

que gobiernan la mina. Siempre es el jefe el que decide donde taladrar para así no molestar a los espíritus”. (Eliade, 1978 [1956], p. 56).

Este es uno de los ejemplos que muestra Eliade en su libro para llegar al origen de las tradiciones que nos va presentando. Otro ejemplo es el de Haití, lugar en el que se pensaba que la castidad era necesaria si se quería encontrar oro, por lo que se llevan días de abstinencia sexual y también de ayuno, algo que suena muy familiar en este punto del trabajo después de haber hablado de esto mismo pero en la alquimia en las anteriores obras de nuestro autor.

Al fin y al cabo, todos estos rituales muestran la creencia de que al participar en estos procesos, uno se está entrometiendo en los procesos naturales de la Tierra, y claro, esto conlleva un esfuerzo y unos procedimientos especiales porque no es algo fácil de hacer ni de conseguir. “La naturaleza es gobernada por una ley superior [...] Por lo tanto, es necesario tomar toda precaución” (Eliade, 1978 [1956], p. 56).

Este carácter sagrado de la mina se le confiere también a los minerales que se extraen de ella, es por eso que al llevarlos a los hornos y trabajar con ellos, el artesano que se disponía a hacerlo también tenía una serie de sacrificios y rituales que realizar si quería que era “maduración” de mineral se hiciese de manera correcta. Eliade menciona ejemplos como los Achewa o los Baila que llegaban a aislarse durante el período en el que se dedicaban a la metalurgia y mantenían los votos de castidad y ayuno ya mencionados.

Nuestro autor explica ese voto de castidad refiriéndose de nuevo a la creencia de que la fundición es al final, una unión entre metales de diferente género, una especie de acto sexual sagrado por lo que el artesano que lo lleva a cabo, debe tener la máxima energía sexual posible para completarlo debido al poder que requiere este tipo de ritual.

Además de esto, Eliade vuelve a hablar sobre el sacrificio en la metalurgia como algo necesario para acompañar al ritual principal. Él explica lo siguiente: “Un ser vivo debe “animar” la operación y el mejor modo de conseguir esto es mediante un sacrificio” (Eliade, 1978 [1956], p. 64). Es como si el alma se cambiara de cuerpo, le da vida a lo que se está creando en el horno, y esto es algo que ellos consideraban esencial. Hablando de China, Eliade menciona además que en este país el sacrificio humano en la

metalurgia no solo era necesario sino que era obligatorio, aunque no era exclusivo de este lugar.

Los asur en la India, por ejemplo, también hacían sacrificios humanos bajo la creencia de que a un dios le molestaba el humo que los hornos cuando esto no se hacía. Ellos pensaban que como a este dios no le gustaba ese humo, los procedimientos no eran exitosos. El mito cuenta que una vez empezaron a hacer sacrificios humanos, los herreros consiguieron crear oro.

Esta tradición también fue aplicada por vecinos de los Asur como los Munda o los Dravídicos y también en otros continentes como en África, en el que buscaban se hacían que mujeres abortaran para quemar el feto y “bendecir” de alguna forma el horno. Todo esto enfatiza esta unión entre el sacrificio humano y la metalurgia. Este énfasis hace que la metalurgia pueda ser relacionada con demonios. Eliade lo explica de la siguiente forma: “Los sacrificios humanos sustentan el carácter demoníaco del trabajo metalúrgico. La fundición del metal se ve como una operación siniestra que requiere el sacrificio de una vida humana” (Eliade, 1978 [1956], p. 67).

Todas estas tradiciones parecen venir de un mismo mito cosmogónico al que, viendo por ejemplo el mito en África, se le añade un simbolismo embriológico en cientos niveles. “Un cuerpo sacrificado se compara con la materia prima y por lo tanto, con la masa germinal y con los fetos” (Eliade, 1978 [1956], p. 70). Esto une de alguna forma la idea de los minerales como embriones y de los sacrificios necesarios para que funcione el horno.

Aunque tiene un libro dedicado exclusivamente a Babilonia, Eliade también hace una incursión al simbolismo y a los rituales metalúrgicos de este reino en este volumen. Esta incursión la empieza con un texto que ya mencionaba en su obra anterior en el que se mencionaba la necesidad en Babilonia de elegir un día propicio, de consagrar el horno... etc.

Estos eran una serie de actos litúrgicos que despejaban cualquier duda que alguien pudiera tener sobre el aspecto místico de esta disciplina en Babilonia. Lo que hace a continuación es comparar esto con otras zonas del mundo. Vuelve a África para hablar de las similitudes de los textos encontrados allí con los de esta zona, y menciona sacrificios también de animales, las libaciones de diferentes productos...

Otra cuestión que trata aquí es la de la palabra ku-bu, que sería traducida como embrión. Lo comenta porque puede hacer referencia a los minerales en los hornos, esa materia prima que se utiliza para los diferentes rituales metalúrgicos o también podría significar que utilizan fetos abortados para esos mismos rituales, algo que como ya se ha expuesto anteriormente, era común en otras zonas del planeta.

En cualquiera de los dos casos, Eliade piensa que esta simbología muestra una conexión entre el ser humano y la naturaleza a través de la metalurgia: "...La idea de una colaboración activa entre el hombre y la naturaleza, tal vez incluso la creencia de que el hombre, por sí mismo, es capaz de sustituir los procesos de la naturaleza" (Eliade, 1978 [1956], p. 75).

La metalurgia no fue la única disciplina en la que esto pasó, también en la agricultura, por ejemplo, tenían unas creencias similares, lo que ayudó también a que estas concepciones se fueran extendiendo. Por otra parte, debemos tener en cuenta que este es un libro sobre alquimia, por lo que incluso los que no hayan leído sus anteriores libros pueden ir intuyendo con estas palabras que los alquimistas también tenían esa concepción del hombre como figura que podía completar e incluso sustituir a la naturaleza. El carácter obstétrico también mencionado ya con los embriones, es de igual forma observado en la alquimia con las creaciones de los alquimistas.

Aun así, Eliade con sus siguientes palabras, lo confirma para aquellos que no se hubieran dado todavía cuenta de la relación entre estas artes, aunque a él le resulta incluso repetitivo volver a decirlo: "Aquí, también, si hay que repetirlo, yace la base y la justificación de la operación alquímica" (Eliade, 1978 [1956], p. 78). Esa creencia de que el hombre pueda sustituir a la naturaleza significa de alguna forma que puede intervenir en los procesos de esos, incluso adelantándolos (para conseguir oro, por ejemplo).

Esto significa entonces que el hombre podría llegar a controlar el tiempo, objetivo esencial de los alquimistas que para ello también intentaron conseguir la piedra filosofal, una piedra que concedía la inmortalidad, alargando así la vida y con esto, reemplazando al trabajo del tiempo. Además, también sería capaz de transmutar los metales en oro de manera instantánea, lo que demostraría de nuevo que puede sustituir de forma muy exitosa al tiempo, ya que esperar para que un metal se transforme en oro puede llevar cientos de años.

Llevar a cabo una operación alquímica para conseguir ese objetivo necesita el uso del fuego. Tanto el alquimista como el herrero lo utilizaban, aunque no fueran los únicos y es que el fuego les ayudaba a conseguir que la materia cambiara de forma. Eliade cuenta que el primer artesano en darse cuenta de las funcionalidades del fuego fue el alfarero.

El primer alfarero [...] había descubierto un agente transmutador. Lo que el calor natural del sol o de las entrañas de la tierra tardaba tanto tiempo para madurar, se transformaba con el fuego a una velocidad jamás soñada hasta ese momento” (Eliade, 1978 [1956], p. 79).

Este descubrimiento tuvo una gran importancia porque permitía interferir en los procesos naturales, como ya hemos visto, y no solo en una disciplina. Gracias a él, se desarrollaron muchas otras. Ese fuego era buscado también en otras formas por los hechiceros, por ejemplo, llegando a tomar plantas picantes o pimienta para incrementar ese calor necesario para desarrollar sus actividades.

Los hechiceros y chamanes eran considerados maestros del fuego por eso y por otras acciones como andar sobre fuego, lo que hacía que pensaran que estuvieran por encima de la condición humana norma. Al igual que ellos, el herrero también se considera un maestro del fuego e incluso en algunas sociedades, Eliade afirma que la posición que tienen es superior a estos. Él menciona ejemplos de alrededor de todo el mundo como ya viene siendo común en este volumen, y habla de los dolganes en Turquía, o los Yakut en Rusia que veneran a los herreros y a sus herrerías, que llegan incluso a ser un lugar de rezo.

Hoy en día la situación del herrero ha cambiado, pero aun así, en lugares como Java, por ejemplo, todavía tiene una posición bastante privilegiada. De igual forma, no es comparable con la que tenía en la antigüedad en la que casi se le consideraba un príncipe, con una genealogía que, igual que la realeza, llegaba hasta los dioses. Algo parecido pasa en el continente americano, donde los herreros tenían también una posición privilegiada que pasaba de generación en generación exclusivamente a miembros de la familia.

Este estatus viene dado, entre otras razones, por una serie de mitos sobre los herreros en relación con los dioses. En sociedades como la egipcia, la escandinava o la india existían mitos en los que el herrero creaba armas para los dioses, armas que tenían un poder mágico como estos. El artesano intentaba imitar lo divino, pero además lo conseguía, apareciendo aquí el tema de la posibilidad que tenía el hombre de crear cosas nuevas por sí mismo, otorgándole un poder muy relevante en el desarrollo de la sociedad y por supuesto, a la hora de “ayudar” a la naturaleza.

“Hasta un cierto punto, se podría decir que en China, no hubo ninguna interrupción entre la metalurgia mística y la alquimia [...] El taoísmo se remonta a los días de los gremios de los herreros, que custodiaban lo más maravilloso de las artes mágicas y los secretos de las fuerzas primigenias” (Eliade, 1978 [1956], p. 109).

Con ese párrafo, Eliade pretende unir y justificar la parte de los herreros y de la metalurgia de este libro con la alquimia. Como hemos ido viendo durante toda la sección, él mismo ha ido hablando de la alquimia y relacionándola con ciertas partes del texto. También nosotros hemos indicado puntos expuestos por Eliade sobre la metalurgia en los que se apreciaba una clara conexión con la alquimia, pero con estas palabras nuestro autor las conecta de una forma directa.

Sin embargo, que tengan una conexión directa no significa que sean lo mismo, al igual que el herrero y el alquimista ni eran iguales, ni tenían la misma posición en la sociedad. En China, realmente, el alquimista lo que va a hacer es intentar recuperar una sabiduría taoísta que se había perdido con la transformación de la sociedad. Hay además un cambio en la forma en la que se obtiene la inmortalidad desde la perspectiva de los taoístas. Mientras que antes se necesitaba un objeto mágico, ahora se necesita obtener un oro líquido que se pueda beber.

Por lo tanto, el alquimista estaba recuperando aunque a la vez innovando, tradiciones preexistentes en el cultura taoísta de China, llena ya de recetas, secretos y normas conectadas con otros trabajadores también predecesores del alquimista como pueden ser los ya mencionados herrero y alfarero pero también cazadores o agricultores.

Entre estas nociones, Eliade menciona, por ejemplo: “los conocimientos de hierbas de la inmortalidad, de sustancias animales y vegetales que contenían el elixir de la eterna juventud [...] regiones habitadas por inmortales” (Eliade, 1978 [1956], p. 111). Todas estas creencias ya existían en China pero no eran exclusivas de aquí, era conocimiento que traspasaba las fronteras de este país. Lo importante es que los alquimistas tomaron todo este conocimiento, todos estos mitos preexistentes y trabajaron sobre él.

Otras cuestiones como los rituales que existían en la metalurgia también fueron adaptadas por los alquimistas chinos, rituales tales como la iniciación por otro maestro alquimista. También, algo que ya ha comentado Eliade en varios de sus volúmenes, la transmisión de conocimiento alquimista a través de un lenguaje secreto que no fuera accesible a todo el mundo, algo que también vimos en la introducción a la alquimia como característica fundamental de un movimiento esotérico.

Sobre el origen de la alquimia en China, Eliade menciona aquí que hay unos textos de 144 a.C. en el que se habla de ejecuciones a aquellos que falsificaran oro, aunque según dice, los investigadores no se ponen de acuerdo con respecto a la fecha exacta debido a los diferentes textos que cada uno encuentra e interpreta. Lo que sí vuelve a dejar claro es la diferencia entre el desarrollo de una prequímica y la alquimia, caracterizada, como se ha especificado antes, por los principios tradicionales, los mitos y la búsqueda de la inmortalidad.

En este volumen, nuestro autor aprovecha también para hablar de reputados alquimistas chinos de varias épocas. Uno de ellos, por ejemplo, es Pao Pu'tzu, que Eliade describe como uno de los más celebrados. “Pao Pu'tzu intenta explicar el fracaso de Liu Hsiang's exponiéndonos que no estaba en posesión de la verdadera medicina y que no estaba preparado espiritualmente” (Eliade, 1978 [1956], p. 113). Menciona en su discurso a otro alquimista chino que no tuvo éxito en la búsqueda del elixir de la inmortalidad.

La búsqueda del elixir, como ya hemos visto, era una gran preocupación para los alquimistas, tanto chinos como de otros lugares, aunque Eliade ahora mismo se centra en los primeros. En China, los alquimistas también intentaban buscar una isla legendaria en la que los seres inmortales vivían, algo que era promovido por los emperadores de la dinastía Tsin.

Como nuestro autor ya expresó en *Alquimia asiática*, el oro y su búsqueda era también un tema candente entre los alquimistas chinos, entre otras cosas por su conexión con el yang, lo que hacía, por ejemplo, que se viera el oro como un material que prevenía que los cuerpos se corrompieran, además de, por supuesto, tener la capacidad de alargar la vida de manera infinita. Otro de los puntos que también repite Eliade es la necesidad de que este oro fuera fabricado. Tenía que ser un oro procesado por alquimistas.

Otra de las ideas de las que Eliade habla sobre la alquimia en China es la aceptación del pensamiento preexistente del microcosmos y el macrocosmos. El alquimista interpretaba que el cuerpo humano era un microcosmos reflejo del macrocosmos: “El hombre posee todos los elementos que constituyen el cosmos y todas las energías vitales que aseguran su renovación de forma periódica” (Eliade, 1978 [1956], p. 116).

Con esto justifica la importancia que tiene el sulfuro de mercurio, por su color parecido a la sangre, asegurando así que al tomarlo el cuerpo humano se vaya regenerando o renovando y consiga la inmortalidad. Autores como Pao Pu'tzu recomendaban hacer píldoras de esto unido con miel, que harían que al tomarlas la persona empezara a notar símbolos de rejuvenecimiento como la desaparición de las canas.

Eliade también vuelve a poner énfasis sobre la meditación, técnica que considera esencial para el desarrollo de las operaciones alquímicas en China porque permite al alquimista entrar en un estado que él define como “caótico” y “de inconsciencia” (Eliade, 1978 [1956], p. 119), similar al de un embrión o al de la materia prima, lo que hace que se pueda volver al estado original y pre-natal, relacionado, como no, con el rejuvenecimiento y la longevidad. Esta idea también está relacionada con el taoísmo.

La diferencia es que, mientras en el Taoísmo esto se consigue a través de una técnica de respiración, el alquimista mezcla varios ingredientes en su horno para llegar hasta ese mismo punto, permitiéndole así “jugar” de alguna forma con la naturaleza.

Pese a esta relación con el taoísmo, esta misma idea también estuvo presente en la alquimia occidental y es por eso que Eliade también lo menciona en este libro, porque, como hemos dicho en otras ocasiones, aquí se centra no solo en la alquimia de la que ya había hablado si no en esta misma disciplina en diferentes lugares del mundo. Del

mismo modo, tampoco es que esta creencia tenga su origen en el taoísmo, ya existía anteriormente en culturas primitivas, solo que ellos perfeccionaron y adaptaron esta idea con el resto de sus creencias.

En China, como ya se habló anteriormente, la alquimia se dividió entre una forma esotérica y otra exotérica, más centrada en las sustancias como tal y más cercana a la química. Esto empezó a ocurrir a partir del siglo X, pero Eliade dice que a partir del SXIII ocurre lo siguiente: “la alquimia se convirtió en una técnica ascética y contemplativa propiamente dicha [...] la meditación producía el fluido necesario y la inteligencia el fuego necesario” (Eliade, 1978 [1956], p. 121).

Utilizando este método en el que el cuerpo se identifica como plomo y el corazón como mercurio, se creía que el tiempo podía acelerarse y conseguir así la piedra filosofal de manera muy rápida. Algunos alquimistas, siguiendo con la idea embrionaria que Eliade ha expuesto anteriormente, decían que de otra forma, se tardaría hasta 9 meses. Se compara así la creación de la piedra filosofal con una gestación humana, algo que también se hacía de forma frecuente en la sociedad occidental.

Pero este no es el único método del que Eliade habla para referirse a la alquimia esotérica de China. También habla de otro método en el que la respiración se identifica con el plomo y el alma con el mercurio y otro en el que el esperma se compara con el plomo y la sangre con el mercurio. Estos últimos guardan una estrecha relación con las técnicas tántricas de la India. La influencia ejercida mutuamente entre la alquimia y el yoga tántrico es evidente, tal y como señala nuestro autor.

De igual forma, Eliade no piensa que se hayan traído todas estas tradiciones y pensamientos de la India. De hecho, él considera que las técnicas respiratorias ya mencionadas tienen su origen en China a través, eso sí, de las creencias taoístas, que a su vez fueron influenciadas por unas tradiciones anteriores ya comentadas en referencia a los herreros, alfareros o agricultores...

Pese a esto, es cierto que en la India se pueden encontrar un gran número de evidencias que sustentan que la alquimia en este subcontinente era una técnica espiritual tal y como se ha venido describiendo ahora, y tal y como Eliade nos dejó ver en *Alquimia asiática*. Aun así, en este libro también habla de la alquimia en este lugar que es de especial interés y relevancia para él.

Al igual que empezara su capítulo sobre la India en *Alquimia asiática*, nuestro autor empieza hablando del pranayama que, junto al uso de remedios a base de plantas y minerales podrían alargar la juventud y convertir los metales en oro. Estas técnicas eran practicadas por los alquimistas-yoguis y así es como muchos viajeros de occidente lo recogieron en sus visitas a la India. Eliade también dice lo siguiente: “La simbiosis entre el yoga tántrico y la alquimia también está bien atestiguada tanto en la tradición literaria sánscrita como en textos en lengua vernácula” (Eliade, 1978 [1956], p. 127).

Entre estos textos, podemos encontrar, por ejemplo los de Nagajurna, que escribió un gran número de tratados alquímicos en los que habla de logros tales como la transmutación de los metales en oro mencionada en el párrafo anterior, muy estimada por los yoguis, al igual que por los alquimistas. Y es que, hay muchas similitudes y coincidencias entre el yoga tántrico y la alquimia que pueden verse al igual que se pueden apreciar con otras disciplinas ya tratadas.

Tanto estos yoguis como los alquimistas, por ejemplo, intentar purificar los materiales y perfeccionarlos para transmutarlos en oro, ya que este proporciona la inmortalidad y simboliza la pureza y perfección del espíritu, algo que buscan ansiosamente los yoguis, debido a su interés por “librarse” de las ataduras de la vida. Los alquimistas, en vez de utilizar su mente y cuerpo, utilizan las propias sustancias y siguen una serie de procedimientos con las mismas para conseguir este objetivo de purificación. Al final esto se reduce a que según la filosofía yoga, todos estamos formados de la misma materia (prakriti), por lo que ambos procedimientos tendrían sentido.

Nuestro autor explica lo siguiente con respecto a estas técnicas: “En ambos casos, en el tantra-yoga y en la alquimia, el proceso de transmutación del cuerpo consta de una experiencia de muerte inicial y resurrección. [...] Tanto el tántrico como el alquimista se esfuerzan por dominar la materia” (Eliade, 1978 [1956], p. 129). Lo que quieren ambos es conquistar este mundo y conseguir una libertad de la que no disponen en parte, a causa del tiempo, que condiciona su existencia.

Vuelve aquí nuestro autor a defender la necesidad del ser humano, y más concretamente del alquimista, por conquistar el tiempo, algo que ya ha discutido anteriormente. A través de la transmutación consiguen libertad porque sienten que están controlando la naturaleza y colaborando con ella.

Con respecto al origen de la alquimia en la India, nuestro autor habla de dos posturas diferentes entre los historiadores. Algunos piensan que fue introducida por los árabes, mientras que otros mantienen que las creencias y procedimientos que se encontraban en la alquimia india ya estaban en el subcontinente de forma previa a la entrada de los árabes. Eliade tiene clara su postura: “la creencia en la transmutación, al igual que la fe en la prolongación infinita de la vida humana, existía en India antes de que llegara la influencia de los alquimistas árabes” (Eliade, 1978 [1956], p. 131).

Esta opinión la basa, por ejemplo, en escritos de un autor ya mencionado anteriormente como es Nagajurna. La ideología que presenta la alquimia está además, como hemos visto, muy relacionada con las prácticas de los yoguis en áreas que no fueron influenciadas por los árabes cuando llegaron a la India y si lo fueron, lo fueron muy poco. Una de las cosas que Eliade sí que piensa que pudiera ser algo añadido gracias a los árabes es la utilización del mercurio, aunque piensa que solo fue una sustancia más con respecto a las otras que ya se utilizaban en la alquimia india.

Sin embargo, esta añadidura creó una nueva técnica de la que ya hablaba también en su anterior libro que sí podía considerarse una pre-química, separándola así de la alquimia como tal, la que interesa realmente a nuestro autor por su carácter místico y esotérico.

La alquimia como tal, la disciplina esotérica, aparece en textos conectada con Shiva. Algunos alquimistas indios decían que él mismo fue el que la reveló, al igual que el procedimiento por el cual el mercurio se “mataba”, un procedimiento secreto, característica fundamental de la alquimia, que se debe ir pasando de generación en generación. Estas afirmaciones que Eliade nos muestra, separan la alquimia de una pre-química y la acercan más a una disciplina tántrica: “No es una pre-química, sino una técnica del mismo orden que otros métodos de “fisiología sutil” elaborados por el hatha-yoga y el tantrismo y persiguiendo un mismo objetivo” (Eliade, 1978 [1956], p. 134).

Aun así, al igual que otros alquimistas, los que practicaban esta disciplina en India también hicieron descubrimientos importantes para la ciencia. Eso sí, los que se centraron en esto fueron los que se separaron de la alquimia tradicional, inclinándose por una parte más científica que no estaba presente en los textos alquímicos, como ya mencionaba Eliade, y como mencionamos nosotros, al comentar *Alquimia asiática*,

donde hablaba de un texto, que también muestra en *Herreros y alquimistas*, en el que se aprecia que el valor científico de los textos alquímicos en India era casi inexistente.

No obstante, para los alquimistas los experimentos sí eran importantes, aunque no fuera o no lo concibieran en el sentido moderno que le damos a la palabra hoy en día. Las operaciones realizadas con minerales y otras sustancias por parte de los alquimistas tienen que ser entendidas teniendo en consideración tanto las creencias de los alquimistas como la visión de los indios que, por supuesto, estaban relacionadas como ya hemos visto. Para ellos, según nos dice Eliade: “Estas sustancias no eran inertes, representaban etapas en las manifestaciones de la materia primordial (prakriti)”. (Eliade, 1978 [1956], p.140).

Por lo tanto, la experimentación de los alquimistas estaba relacionada con el cambio de etapa de esta materia, ya que creían que eran capaces de conseguir este cambio, de nuevo, lo llamado “transmutación” en alquimia. Eso sí, se necesitaban un entrenamiento tanto espiritual como psicosomático. Además, estas operaciones afectaban a la situación kármica de los alquimistas, tanto para bien como para mal.

Por lo tanto, solo cuando se deja de lado todo este conocimiento y todas estas creencias, se puede decir que la química es una realidad. Este proceso conllevó, como era, un cambio de perspectiva sustancial en el que aparecieron nuevos valores y nuevas concepciones que permitieron observar de manera científica moderna los procedimientos químicos que tenían lugar al experimentar con ciertas sustancias.

Después de hacer un poco de revisión sobre alquimia china e india, actualizando y ampliando lo que había escrito en su primer libro sobre esta temática, Eliade empieza a hablar de la alquimia de forma más general, sin centrarse en otra más específica como podría ser la árabe o la occidental. En esta nueva sección empieza mencionando autores que creen que la alquimia es una etapa de la química. Entre estos menciona a John Read o W. Gundel.

Ya se sabe cuál es la opinión de Eliade con respecto a esta afirmación. Al igual que nombra a estos autores de una perspectiva divergente, también habla de otros que sí le dan a la alquimia la importancia que esta merece, mencionando así a Fulcanelli o su buen amigo, C. G. Jung. Además, va a nombrar simbolismos y operaciones presentes en

la alquimia que van a apoyar su versión debido a la conexión que tienen con tradiciones y simbolismos primitivos.

De hecho, y como ejemplo, el tema de la conquista de la materia ya empezó a aparecer en el paleolítico cuando el ser humano empezó a crear sus propias herramientas y empezó a utilizar el fuego para cambiar de forma la materia. Todo apunta a que estas técnicas se transmitían a través de una iniciación debido al carácter sagrado que se le otorgaba. Hoy en día este tipo de experiencia, nos dice Eliade que no es accesible para el hombre moderno debido a que nuestra concepción del mundo ha cambiado.

Una de las creencias compartidas por muchos autores que Eliade quiere desterrar es que el nacimiento de la alquimia tuvo que ver con el deseo de algunas personas por falsificar oro. Pese a que él es consciente de que quizás no se llegue a descubrir cuál es el origen, sí que duda de que estuviera relacionado con la creación de oro falso, “Intentar unir la disciplina [...] con un intento de falsificar oro es olvidar el conocimiento extraordinario de metales y aleaciones que poseían [...] y subestimar su capacidad intelectual y espiritual” (Eliade, 1978 [1956], p. 147).

Otra posibilidad que Eliade descarta es que la alquimia naciera como una técnica científica en Grecia. Al leer textos de alquimistas griegos, se puede apreciar una clara falta de interés en el aspecto químico de los fenómenos que ocurren mientras realizan sus operaciones, algo que sorprende porque, normalmente, en otros textos griegos se aprecian observaciones detalladas y argumentaciones elaboradas en textos científicos. Esto es de alguna forma, decir que falta ese aspecto científico en la alquimia griega, por lo que sería un error pensar que la alquimia es el principio de alguna ciencia, ya que no utiliza procedimientos científicos ni lo intenta.

Nuestro autor apunta a que el origen de la alquimia tuviera más relación con la concepción de la madre tierra y la idea de los minerales como embriones. La unión del ideario de los mineros y los herreros es lo que Eliade piensa que dio lugar a las primeras operaciones realizadas por alquimistas, por eso en este libro dedica varios capítulos a hablar de estos artesanos. A esto añade la siguiente idea de nuestro autor: “Las ideas de sufrimiento, muerte y resurrección de la materia está basada en los comienzos de la literatura alquímica greco-egipcia” (Eliade, 1978 [1956], p. 149). Así, Eliade muestra

una relación paralela entre la pasión de Jesús cristiana y cómo los alquimistas trataban la materia.

Este procedimiento por el que tiene que pasar la materia es lo que se conoce como el *magnus opus*, en el que se pretende que la materia atraviese cuatro fases, categorizadas por los colores que toma la materia en esos. Estos son negro, blanco, amarillo y rojo. Podemos ver este proceso ya escrito en literatura alquímica griega, aunque lo encontramos también en la alquimia árabe, ya que es algo que permaneció en el pensamiento de los alquimistas occidentales.

A través de este proceso, a través del sufrimiento y tortura de la materia, es como se consigue que esta se perfeccione y transmute en oro. Para los griegos esta tortura parece haber sido simbólica según nos comenta nuestro autor. Sin embargo, para los alquimistas árabes, esta tortura se conseguiría a través de operaciones realizadas a la materia.

En este proceso, el negro se corresponde con la muerte. Lo primero que había que hacer era “matar” la materia existente porque a través de esto regresaría a sus principios. Para algunos autores, esta muerte se conseguiría a través de una disolución, aunque otros consideran la calcinación como el procedimiento adecuado para conseguirla. Este regreso a un estado primario se conecta con la simbología del útero; la necesidad de volver a un estado pre-natal para volver a nacer.

Eliade nos dice lo siguiente con respecto a este procedimiento: “El alquimista no era un innovador. Al buscar la *materia prima*, también buscaba la reducción de las sustancias a su estado pre-cosmogónico” (Eliade, 1978 [1956], p. 157). Esta idea ya existía en la historia de las religiones, pero los alquimistas integraron este simbolismo en sus propias creencias y no solo eso, si no que los alquimistas occidentales lo integraron también en su tradición cristiana, lo que dio lugar al paralelismo anteriormente comentado.

La siguiente fase del proceso sería el blanco, que se puede interpretar, siguiendo con la simbología cristiana, como la resurrección. En las otras dos fases, la amarilla y la roja, se consumaría la operación alquímica dando lugar a la creación de la piedra filosofal. Eliade dice que es un proceso paradójico por lo siguiente: “Uno empieza con

la *materia prima* para finalmente llegar a la piedra filosofal, pero ambas sustancias desafían una identificación precisa” (Eliade, 1978 [1956], p. 162).

De hecho, el nombre para esa sustancia, esa “materia prima”, varía mucho dependiendo del autor y el texto que se esté leyendo, y pueden encontrarse más de cincuenta nombres en referencia a esto. Esto también tiene que ver con el hecho de que es difícil de definir. A eso se le añade que se supone que está en todas partes, algo que comparte con la piedra filosofal, que sería su extremo opuesto (al finalizar la operación), pero que comparte estas características. Eliade menciona un diccionario llamado *Dictionnaire mytho-hermétique* (Pernety, 1980) en el que se exponen más de 600 nombres para esta. Todo esto va en relación con el secretismo y el lenguaje críptico (del que ya se ha hablado previamente) relacionado con la alquimia y característica fundamental de esta.

Hablando de la piedra, las múltiples propiedades que se le atribuyen fueron adoptándose poco a poco. Además de transmutar los metales en oro, fueron los árabes los que afirmaron que también tenía propiedades terapéuticas. Cuando llegó a Europa, se le añadió la creencia de que la persona que la tuviera, también disfrutaría del poder de la invisibilidad y podría elevarse hacia el cielo tanto como quisiera.

Eliade ve aquí un paralelismo con los alquimistas indios y los yoguis, y con los maestros del fuego, a los que ya les dedicó un capítulo antes: “invisibilidad, levitación, vuelo mágico. El yoga, al igual que el chamanismo, relaciona estos poderes con el dominio del fuego” (Eliade, 1978 [1956], p. 168), aunque no puede asegurar que las creencias europeas tuvieran su origen en la India de forma segura.

Para concluir este volumen, nuestro autor vuelve a hablar de la relación del tiempo con la alquimia, ya que para él la alquimia es la desembocadura de una larga tradición basada en la aspiración del *homo faber* de colaborar con la naturaleza y mejorar su trabajo acortando el tiempo que se necesitaría de forma natural para conseguir, por ejemplo, la maduración de los minerales. Para eso, utiliza, como ya hemos visto y justo mencionado en el párrafo anterior, el fuego.

El fuego también es importante para los rituales de iniciación. Nuestro autor también piensa que el ritual de incineración podría simbolizar una transmutación a través del fuego y es que el fuego, las llamas, la luz, el calor... todo se ha interpretado

como la encarnación de algo sagrado o la proximidad de Dios en un gran número de ocasiones.

Volviendo al tiempo, Eliade menciona que los alquimistas no eran realmente conscientes de que su trabajo estuviera haciendo el trabajo que tenía que hacer la naturaleza por sí misma, aunque realmente la transmutación significara de alguna forma la reducción del tiempo en los procesos naturales. Lo que sí creían es que estaban ayudando a la naturaleza, perfeccionando lo que esta empezaba. Tampoco querían sustituir al tiempo, solo acelerar ciertos procesos. De hecho, tenían miedo al tiempo, a envejecer...algo típico de los que se dedicaban a disciplinas místicas en general.

Nuestro autor incluye aquí una idea que ya empezó a mostrar en *Alquimia asiática*, relacionada con el hecho de que el ser humano, aunque dejara la alquimia de lado y cogiera solo la parte empírica de esta disciplina para el desarrollo de otra como es la química, realmente estaba completando el sueño del alquimista, ya que a través de la industrialización y de los nuevos descubrimientos científicos, se han ido modificando diferentes procedimientos naturales, consiguiendo además sustituir al tiempo, por ejemplo, con la química orgánica.

Eliade dice lo siguiente con respecto a esta idea: “No puedes evitar darte cuenta que estos productos sintéticos demuestran por primera vez la posibilidad de eliminar el tiempo y preparar, en fábricas o laboratorios, sustancias que a la naturaleza le habrían costado miles y miles de años producir”. (Eliade, 1978 [1956], p. 173). Por lo tanto, se ha conseguido ese objetivo del alquimista, que según Eliade fue un visionario, porque “anticipó la esencia de la ideología del mundo moderno” (Eliade, 1978 [1956], p. 173).

Para conseguir ese objetivo, nuestro autor apunta a que tuvo que ocurrir una secularización del trabajo, se necesitaban horas y horas de trabajo y se dejó atrás esa parte litúrgica propia de la alquimia. Esto no lo dice como una crítica, si no para explicar cómo las ideas han influido pero a la vez han ido cambiando para adaptarse al mundo moderno.

Con esto, Eliade va cerrando *Herreros y alquimistas* con el mensaje de que los segundos, y la alquimia como disciplina, han aportado a nuestro conocimiento y nuestro ideario mucho más de lo que algunos creen, y que como viene defendiendo desde que empezó a estudiar la alquimia, es mucho más que una pre-química.

Para Eliade es fundamental que seamos conscientes de que mineros, herreros y alquimistas han influido en la consciencia del ser humano, aunque haya sufrido cambios “El hombre ha triunfado en la realización de algunos objetivos, aunque cortando el cordón que lo unía con su significado original” (Eliade, 1978 [1956], p. 178).

Con esta conclusión termina *Herreros y alquimistas*, o al menos la versión de 1956. En la de 1978, que es la que ha sido utilizada para este trabajo, Eliade incluyó un epílogo de veinte páginas extra que utilizó para hablar de nuevas informaciones que se habían descubierto en investigaciones posteriores a la publicación de la primera edición de su libro y que apoyan las ideas y explicaciones que el expuso dieciséis años atrás.

Por ejemplo, incluye información sobre el problema de los orígenes de la alquimia, muy discutido por una gran cantidad de autores. Entre los varios autores que menciona, se centra en Schneider, ya que aunque él realmente escribe sobre la historia de la química, acepta la idea que Eliade presenta en *Herreros y alquimistas*, por lo que es una forma de decir que incluso investigadores dedicados a la química han sido convencidos, con los diversos argumentos que él presenta, de esta nueva forma de ver la alquimia.

A parte de una serie de comentarios, nuestro autor también menciona varios libros o artículos que salieron a la luz después de la publicación de su primera edición de *Herreros y alquimistas*. Estos escritos apoyan sus argumentos pero también discuten nuevos descubrimientos, por lo que Eliade considera que es positivo que sus lectores también se refieran a estos para más información, como por ejemplo “Two alchemical treatises attributed to Avicenna” de H.E. Stapleton o “Gnosticism and Alchemy” de H.J. Shepard.

También habla de nuevas añadiduras con respecto a la alquimia china, como la traducción completa de un tratado alquímico de Ko Hung que pudiera ser útil para la cultura moderna en general por sus técnicas y recetas, métodos de meditación o técnicas respiratorias sexuales, aunque Eliade es consciente de que sin anotaciones que expliquen esto es difícil de entender.

Cerca de China, nuestro autor habla de otras investigaciones que han dado lugar al descubrimiento de lo que podría ser también alquimia en Birmania. En los textos que comenta Eliade se habla de un baño en mercurio o hierro que permitiría tanto volar como viajar bajo tierra. También daría la posibilidad de vivir cientos de años porque

curaría todas las enfermedades, creencias muy similares a la de la alquimia que hemos visto en sus libros, por lo que podría estar relacionada.

Por último, nuestro autor menciona a alguien que sí ha contribuido más claramente a acercar la alquimia a la cultura moderna. Este es su amigo C.G. Jung, del que ya hemos hablado en anteriores ocasiones. Eliade lo menciona esta vez por un nuevo trabajo llamado *Mysterium Coniunctionis* en el que habla del simbolismo alquímico, que él relaciona con procesos que tienen lugar en el inconsciente y es que, a Jung le interesaba la alquimia por su relación con la psicología, no con la química; lo que lo diferenciaba de muchos otros autores e historiadores.

Eliade cierra el epílogo con las siguientes palabras: “Uno solo puede esperar que en el futuro, el mundo de significados del alquimista se investigue y comprenda con conocimiento, perspicacia y entendimiento empático” (Eliade, 1978, p. 199). Esto lo dice porque desde su punto de vista, la alquimia ha influido en la mente del ser humano moderno en muchos niveles, al igual que en muchas disciplinas. Solo hay que intentar no entenderla como una pre-química y no reducir todo lo que esta disciplina ha aportado solo por intentar encontrar similitudes.

7.4. Eliade en la *Encyclopedia of Religion*.

Con este capítulo llegamos a la última publicación de Mircea Eliade sobre alquimia, que se publica por primera vez en 1987, treinta y un años más tarde que *Herreros y alquimistas*. En la *Encyclopedia of Religion* existen varias entradas dedicadas a la alquimia, pero nuestro autor solo se ocupó de redactar una él mismo (la primera).

Aunque bien podría haber escrito el capítulo sobre alquimia china o el de alquimia india, debido todo el estudio que ha hecho con respecto a las mismas, Eliade elige escribir la sección que funciona como introducción general a la alquimia. Quizás es la que más se relaciona con su último trabajo, ya que en *Herreros y alquimistas* no se centró en la alquimia de un lugar particular, si no que ya abrió sus horizontes hacia alquimias de otros lugares e investigó la historia de esta, intentando relacionarla con otras disciplinas a la vez que explicaba el porqué de muchas de las tradiciones existentes en ella.

En este capítulo hace algo parecido, en pocas páginas hace una breve introducción a la alquimia en la que incluye sus ideas más notables que, para aquellos que empiecen a leer sobre alquimia o no conozcan mucho sobre esta disciplina, pueden llegar a ser muy iluminadoras a la vez que fáciles de entender, ya que no entra en profundidad a explicarlas como sí hizo en sus anteriores publicaciones.

Nuestro autor expone desde un principio la que va a ser su posición durante este artículo sobre alquimia en la *Encyclopedia of Religion*: “Los alquimistas no estaban interesados – o al menos solo de manera subsidiaria – en el estudio científico de la naturaleza” (Eliade, M y Jones, L, 2005 [1987] p. 234). Su posición es pues, la misma que ha demostrado en su publicación anterior, lo que significa que los nuevos descubrimientos de los que hablaba en el epílogo de *Herreros y alquimistas* no hicieron más que confirmar lo que él pensaba.

En esta sección de la enciclopedia, Eliade empieza a hablar del origen de la palabra alquimia, algo que muchos autores han discutido y de lo que todavía sigue sin haber consenso debido a las múltiples teorías proporcionadas por diversos investigadores. Lo que sí aclara es que esta palabra empezó a utilizarse en occidente a partir del siglo XII. Antes, se conocía a esta disciplina como “el arte”.

Eliade habla del hecho de que los investigadores hayan estudiado la alquimia como una pre-química durante muchos años. Esto es debido a que los alquimistas, como ya hemos visto, en las diferentes pruebas que hacían durante sus procedimientos, hicieron unos descubrimientos muy relevantes para la química. Eliade menciona, por ejemplo, el alcohol o los ácidos minerales aunque, como se ha dicho anteriormente, fue algo más casual que buscado. Nuestro autor habla aquí de su propio libro, *Herreros y alquimistas*, en el que hablaba de esto cuando comentaba el hecho de que los alquimistas no prestaban atención a las propiedades del azufre, algo que aquí vuelve a repetir.

Otro de los puntos que trata, ya que es esencial al hablar de la alquimia, es el carácter esotérico de esta. Eliade habla de que la alquimia está relacionada con prácticas esotéricas en los diferentes lugares donde se ha practicado. Él habla de la relación que esta tiene en China con el taoísmo, en India con el yoga y el tantrismo, en Egipto con la gnosis o en los países islámicos con escuelas místicas. Esto apoya la idea de nuestro autor de que no se puede estudiar este arte sin tener en cuenta las concepciones y prácticas religiosas que lo rodean, algo que no es nuevo en su discurso.

El secretismo presente en la alquimia está relacionado con esto, y es que el uso del lenguaje que resultara incomprensible para un gran número de personas es parte del esoterismo de esta disciplina. Para conseguir entender estos secretos, hace falta un proceso de iniciación, otro indicativo del esoterismo que menciona Eliade en esta sección por ser una prueba más de la conexión de la alquimia con lo espiritual. Al fin y al cabo, la iniciación es un rito de paso que marca la entrada a un grupo, algo frecuentemente relacionado con el mundo espiritual.

Eliade utiliza las siguientes palabras para hablar de la iniciación en la alquimia: “Las etapas de la obra alquímica constituyen una iniciación, una serie de experiencias específicas dirigidas a la transformación radical de la condición humana” (Eliade, M y Jones, L, 2005 [1987] p. 235). Transformación que, siguiendo con la idea anterior, debería mantenerse en secreto aunque se consiguiera. Nuestro autor menciona aquí a Ko Hung, autor que ya mencionaba en el epílogo de *Herreros y alquimistas*, porque él creía que los que conseguían la inmortalidad la mantenían en secreto.

El siguiente punto que cubre nuestro autor en este breve artículo es el origen de la alquimia. Según expone, aspectos de la alquimia como la longevidad, la salud o la producción del elixir de la inmortalidad tienen una larga tradición tanto en oriente como en occidente. Esto, según Eliade, es una muestra más de la estructura mística y religiosa que tiene la alquimia por su relación con mitos que hablan de árboles o manantiales capaces de satisfacer esos aspectos anteriormente mencionados.

Estos mitos son, para nuestro autor, prueba de la religiosidad desprendida por la alquimia, ya que para él, los mitos narran historias sagradas, acontecimientos importantes que tuvieron lugar al principio de los tiempos gracias a dioses o seres sobrenaturales. La experiencia del mito está pues, ligada a lo sagrado, y relaciona al ser humano con lo sobrenatural.

Otro de los aspectos que menciona Eliade como objetivo del alquimista y de hecho, como el objetivo central, es la ya muy mencionada transmutación de los metales en oro, y la explicación para esto es que este metal estaba imbuido de sacralidad. Eliade dice lo siguiente con respecto al mismo: “Para los egipcios, la carne de los dioses o los faraones estaba hecha de oro. En India [...] un texto proclama que el oro es inmortalidad” (Eliade, M y Jones, L, 2005 [1987] p. 235). Esto son solo dos ejemplos, aunque se mencionan algunos más que sustentan esta hipótesis.

Como ya ha hecho en sus obras anteriores, Eliade habla de minería y metalurgia para relacionarla con la alquimia. Ya sabemos por sus anteriores publicaciones que tanto la minería como la metalurgia están íntimamente relacionadas con la alquimia. En este caso nuestro autor lo confirma con las siguientes palabras: “Aunque los principios de la alquimia todavía son inciertos, paralelismos entre algunas creencias y rituales alquimistas y algunas creencias y rituales metalúrgicos y de los antiguos mineros son claramente apreciables” (Eliade, M y Jones, L, 2005 [1987] p. 236.

Uno de los paralelismos es el que habla de que los minerales crecen dentro del “vientre” de la Madre Tierra como si fueran embriones. Los mineros y los herreros se dedican revelar estos embriones y, además, se dice que tienen el poder de acelerar el crecimiento de estos minerales, colaborando con el trabajo de la naturaleza y ayudando a la Madre Tierra en su tarea. Podemos apreciar aquí la similitud también entre estas disciplinas y la obstetricia, algo que también nuestro autor ha discutido en varias de sus obras.

Asimismo, a través de esta idea vemos como la tierra es un organismo real y vivo. La tierra es madre y nodriza. De igual forma, pese a que se compare con la obstetricia, se incluyen una serie de rituales religiosos que no hay en otras ciencias. Estos rituales son necesarios porque la maduración acelerada de los metales necesita algo de magia, ya que no es algo usual.

Todo esto se une también con la idea u objetivo de controlar el tiempo, algo que los herreros hacían con ayuda del fuego, ya que ayudaban a que los minerales se convirtieran en metales de una forma más rápida. Esto se apoya en la creencia de que, si se hubieran quedado dentro de la tierra, se habrían convertido en metales ellos solos. Esta idea podemos encontrarla también en tratados sobre alquimia. Eliade habla aquí de alquimistas chinos que creían que con tiempo, se convertían en metales pero, que si se dejaban aún más tiempo dentro de la tierra, se convertían en metales nobles como el oro (objetivo final del alquimista).

Otro de los temas que cubre Eliade en este artículo por ser algo esencial para la alquimia es el del elixir. Es un tema que ya ha tratado en varias ocasiones y aquí lo que hace es explicar que este líquido, aplicado sobre metales imperfectos, los “perfecciona” es decir, los convierte en oro. También explica que puede acelerar el ritmo de todos los organismos y que tiene propiedades terapéuticas. Por último, pero no menos importante,

y razón por la cuál es tan ansiado, se menciona la capacidad de este elixir de rejuvenecer y prolongar la vida. Al hablar de este, Eliade aprovecha para hablar de tres grandes culturas en las que la alquimia se practicó de forma frecuente y que él también ha trabajado anteriormente: la china, la occidental y la islámica.

Dentro del apartado dedicado a la alquimia y el control del tiempo, nuestro autor hace una afirmación que podría ser catalogada de religiocentrista: “Desde el punto de vista del alquimista, el ser humano es creativo: Redime a la naturaleza, controla el tiempo, en resumen, perfecciona la creación de Dios”. (Eliade, M y Jones, L, 2005 [1987] p. 236). Esta afirmación está influenciada por entorno de nuestro autor, ya que la alquimia se dio en una gran variedad de sociedades con diferentes creencias. Es una idea interesante porque expone algo importante; la idea de que el ser humano es un “homo religiosus” que quiere participar en la realidad creada, pero a su vez se habla de Dios con la D en mayúscula, algo común entre los creyentes cristianos.

De cualquier manera, Eliade comenta que esta forma de ser que tienen las personas es lo que explica que las ideas de los alquimistas se hayan mantenido a lo largo del tiempo, incluso en un período marcado por la secularización en diferentes ámbitos: “Está claro que esta concepción del hombre como un ser creativo e imaginativo explica la supervivencia de las ideas de los alquimistas en la ideología del siglo XIX” (Eliade, M y Jones, L, 2005 [1987] p. 236).

La búsqueda de la perfección, por ejemplo, o de la transformación de la naturaleza sigue existiendo en las sociedades industrializadas actuales. Se puede apreciar por ejemplo en la transformación de la materia. De alguna forma la química, con la cual la alquimia ha sido y es comparada, está continuando los sueños e ideas de los alquimistas, pese a que se estén dando en otra realidad que no es religiosa ni esotérica.

Esto se explica a través de la industrialización, a través de la cuál puede decirse, por ejemplo, que el ser humano “conquistó” el tiempo, ya que consiguió acelerar muchos procesos en las fábricas. Además, en los laboratorios se demostró que podían alterar procesos naturales de seres vivos y crear sustancias que de otra forma, tardarían años en conseguir. Podría decirse entonces que “el hombre moderno se encarga de la función de la duración temporal; en otras palabras, que se encarga del papel del tiempo” (Eliade, M y Jones, L, 2005 [1987] p. 237). Esto significaría que el ser humano moderno ha

conseguido el propósito místico y espiritual del alquimista, al menos desde la perspectiva de Eliade.

Con este último escrito, Eliade recoge de una forma magistral las ideas más importantes que ha discutido en sus obras anteriores, de tal forma que permite al lector que no lo conoce, que no conoce su perspectiva sobre la alquimia o que no sabe nada sobre alquimia, hacerse una idea de lo que esta disciplina significa y de lo que ha aportado al ser humano a lo largo de su historia. Esto lo hace de manera multidisciplinar, ya que podemos observar en este artículo partes de lingüística cuando habla del origen y posibles significados de la alquimia, filosofía cuando explica la concepción del hombre como un ser creativo e imaginativo, química cuando habla del azufre y, por supuesto, historia.

8. Conclusiones.

Mircea Eliade fue un gran historiador de las religiones e influyó de forma notable en su estudio y análisis. Este prestigio y su consecuente influencia en el estudio de las religiones no hubiera sido posible de no ser por la utilización de elementos muy positivos desde el punto de vista metodológico.

Un aspecto muy interesante en los estudios de nuestro autor es la utilización de literatura relevante con respecto al tema sin necesidad de centrarse en una sola disciplina, lo que apunta diferentes puntos de vista y enriquece el texto. A lo largo de sus obras sobre alquimia podemos ver desde referencias a tratados de la antigua Grecia como *Physike* hasta obras de teatro como la publicada por el famoso autor Ben Jonson en el año 1610, llamada *The Alchemist*, pasando por referencias a expertos como Sivin, Ganzenmüller, H.H. Dubs, o su gran amigo C. Jung. Por supuesto, todas estas obras aportan a su investigación, ya que ayudan a justificar su punto de vista.

Otro elemento muy importante que se puede apreciar en su obra es el antirreduccionismo. Eliade utiliza todas las disciplinas que ayuden o faciliten la comprensión del tema a tratar. En este caso en el que habla de la alquimia, para entender al ser humano y a la disciplina en sí también nos habla de otros campos que han influido a esta como la minería y la metalurgia. Eso sí, siempre dejando claro que no son lo

mismo y por supuesto, sin intentar unificarla, pese a que expone diversas similitudes o paralelismos entre ellas.

Esto también puede verse dentro de la misma alquimia. En la obra de Eliade vemos cómo trata de manera independiente la alquimia china, la india, la babilónica... Si bien es cierto que busca similitudes entre ellas, no las trata como si fueran todas lo mismo. En *Herreros y alquimistas* se habla de la alquimia más centrada en Europa, pero incluso aquí también hay capítulos para alquimia china e india, y continuas referencias a la disciplina en diferentes lugares, mostrando como algo que existe en común es representado en diferentes culturas.

Al hacer esto se evita que el lector piense que hay solo una idea de alquimia, ya que si esto pasara, se perderían las diferentes tradiciones que se han generado en estas civilizaciones entorno a la alquimia. Puede que por contacto hayan tenido una semejanza estructural y por supuesto, que coincidan en varios de los ritos que se dan en esta disciplina, pero también, al ser civilizaciones independientes, se han ido desarrollando de forma diferente a lo largo del tiempo, por lo que tiene sentido que en la obra de Eliade haya obras dedicadas a la alquimia de diferentes lugares, evitando así el ya mencionado reduccionismo.

Otra de las ideas de Mircea Eliade que queda clara en sus escritos sobre alquimia es que el ser humano, para él, es esencialmente un “homo religiosus”. Como dice Antoine Faivre en su libro “Mircea Eliade se esforzó por mostrar que lo “sagrado” es un elemento constitutivo de la naturaleza humana” (Faivre y Rhone, 2010: 108). Y es que para él, el ser humano era religioso por definición, y por lo tanto la alquimia, desde su punto de vista (al menos el que mantuvo la mayor parte de su vida) no podía ser estudiada si se prescindía del elemento religioso o místico.

Para él, lo sagrado no puede entenderse si no como un constituyente más de la conciencia humana. Esta espiritualidad común en los seres humanos puede verse en esta disciplina que, pese a haber sido practicada en diferentes partes del mundo, muestra prácticas similares, tal y como él menciona en sus múltiples obras y además, todas muestran una conexión con lo espiritual, lo ritual o lo mágico.

Pero Eliade no siempre tuvo el mismo punto de vista sobre la alquimia, fue algo que fue cambiando conforme adquiría más y más conocimiento, y pasó de pensar que la

alquimia sí que era una prequímica, a pensar que era una disciplina independiente, aunque reconociendo que entendía por qué algunos autores habían tratado a la alquimia como una prequímica.

Muchos historiadores se han interesado en la alquimia por su relación con ciencias como la química o la medicina, esto es un hecho que ya hemos mencionado varias veces durante el trabajo. Esto ha hecho que gran parte de la literatura sobre la alquimia se centrara en su historia como pre-química. Esto causa que muchas personas, cuando quieren leer sobre alquimia, la lean condicionadas por personas que la han tratado de esta forma y que tienen este punto de vista sobre la disciplina. Hemos visto que hay autores que incluso hacen comentarios despectivos con respecto a esta (por ejemplo, en la página 5).

Pues esto parece ser que es lo que le ocurrió al joven Eliade que publicó con 14 años *Cómo encontré la piedra filosofal*. Para el momento en el que nuestro autor publicaba esto, la información que tenía sobre la alquimia venía de libros como *Histoire de la Chimie* o *Collection des Alchimistes* (escrita por un químico francés, lo que podría llevarnos a decir que la visión que mostraba sobre la alquimia podría estar sesgada).

Aunque es una historia de ficción, no deja de mostrar cómo pensaba nuestro autor en aquel momento, y vemos una visión de la alquimia como algo del pasado, algo que ha evolucionado para convertirse en química. Para Eliade, en este momento, la alquimia no era más que operaciones químicas que los alquimistas enriquecían con sus fantasías. Esto puede que estuviera relacionado también con el hecho de que Eliade sintiera una gran fascinación por la química.

Pero Eliade no se quedó aquí. Pese a tener este punto de vista inicial, continuó leyendo e interesándose en lecturas sobre alquimia, algo que influyó en su cambio de opinión. Poco a poco se fue interesando en la mitología india y en la china, en su cultura y en la alquimia de estos países. Después de haber vivido un tiempo en la India, Eliade publica *Alquimia asiática*, este sí, un libro de investigación. Y es aquí cuando se aprecia un giro radical en su opinión, opinión que establece desde las primeras páginas de este volumen y que repetirá hasta la saciedad en un gran número de páginas.

En este volumen va a criticar a los que piensan que la alquimia no es más que una prequímica y va a defender la idea de que la alquimia es una disciplina autónoma y que

no es una ciencia que haya evolucionado hasta convertirse en otra más moderna, por ejemplo, si no que es válida por sí misma.

En este volumen también vamos a apreciar como Eliade introduce el yoga, otro de sus grandes intereses (sobre el que escribió su tesis doctoral). Va a comparar técnicas de los yoguis y creencias de estos con las de los alquimistas para mostrar ese aspecto místico que él defiende que la alquimia tiene. En esta obra, también habla de textos que se asemejan un poco más a la química por su carácter práctico y experimental pero quitándole valor, ya que para él, el valor químico de estos textos era inexistente, por lo que demostraba que los alquimistas no tenían ningún interés en esta ciencia.

También va a introducir la metalurgia y la minería como dos campos que muestran similitudes con la alquimia y que puede que hayan contribuido a su desarrollo, ya que fueron disciplinas que se practicaron tanto en China como en la India. A través de esta, Eliade también introduce una idea que estará presente en todos sus libros sobre alquimia a partir de ahora; el carácter obstétrico de los metales.

La conexión que Eliade muestra en este libro entre la alquimia y ciencias modernas como la química o la medicina es que estas últimas han podido conseguir cumplir los objetivos que los alquimistas han ansiado durante tantos años. Es lo único que Eliade en este momento considera que una a estas disciplinas.

Cuando publica *Alquimia babilónica* tres años más tarde, su idea principal de que la alquimia no es y no puede ser estudiada como prequímica se mantiene. De hecho, en este libro presume de que esta idea fue muy bien acogida por otros autores. Vuelve a criticar a los historiadores que no han sabido apreciar la alquimia por sí misma pero también critica su propio trabajo por haber elegido ciertas obras europeas para hablar de alquimia de India o China, por lo que puede que hay partes de su trabajo anterior que pudieran carecer de objetividad, algo de lo que es consciente y que mejora en este volumen.

Al igual que en el libro anterior hablaba sobre la metalurgia y la minería, en este introduce un nuevo campo como es la cosmología, algo que desde su punto de vista es esencial para entender la cosmología babilónica. Es importante recalcar que no deja atrás ni la alquimia china ni la india, evidenciando su interés por estas.

También comenta algo importante en este libro, que es el hecho de que la alquimia es una disciplina independiente, y esto lo hace después de hablar de la metalurgia, la cosmología y la minería, y es que no quiere que sus lectores se queden con la sensación de que la alquimia es una mezcla de todas estas. Vuelve a remarcar también que las técnicas utilizadas en la alquimia no son científicas pese a que los alquimistas hayan hecho interesantes aportaciones a la química actual. Eliade siempre recalca que no era su intención.

Diecinueve años después de la publicación de este libro vendría *Herreros y alquimistas*. Aquí Eliade vuelve a mantener su punto de vista de que la alquimia no es una prequímica. Es un libro más actualizado en el que desarrolla conceptos ya vistos y en el que explora la alquimia de una forma más global, sin olvidar la alquimia china y la india a la que vuelve a dedicar capítulos independientes, lo que vuelve a evidenciar el gran interés de nuestro autor por esta zona. De hecho vuelve a hablar de los yoguis y de la simbiosis existente entre el yoga tántrico y la alquimia.

Sin embargo, a lo largo de este volumen Eliade se va a centrar en la alquimia como disciplina alrededor de todo el mundo (especialmente Europa) y haciendo referencias a diversos países tanto de África como de América, por lo que se ve esta disciplina de una forma más global.

Pero hay una novedad en el pensamiento de nuestro autor con respecto a la alquimia y la química, y es que reconoce que en cierto momento, algunas personas en ciertas partes del mundo hicieron que la alquimia cambiara y se centrara en aspectos más prácticos, haciéndose así visible una división entre una alquimia esotérica y otra exotérica, conservando el nombre de “alquimia” para la que era esotérica y buscando otros para aquellos que decidieron practicar esa parte más práctica. Es por eso que entiende que durante muchos años, una gran cantidad de autores hayan visto la alquimia como una prequímica, aunque realmente no lo fuera, ya que la alquimia “real” sí es esotérica, mística y espiritual.

Por último, llegando a la *Encyclopedia or Religion*, vemos como Eliade mantiene su idea de la alquimia como disciplina única, independiente y espiritual. En este capítulo hace un resumen de muchas de las ideas ya comentadas anteriormente que son las más relevantes para él, una de estas es la idea del control del tiempo, algo que trata en todas

sus obras de investigación sobre alquimia porque considera que era el gran objetivo de los alquimistas, el objetivo por el cual hacían todo lo demás.

A lo largo de todas sus obras vemos como al ir obteniendo más y más información, pese a que mantuviera su punto de vista durante toda su vida (excepto en su primer escrito por la poca información que poseía), Eliade va añadiendo más capas y más argumentos para defenderlo. Como dice Faivre “La obra erudita de Mircea Eliade no encuentra su verdadera dimensión más que si se discierne en ella un ambicioso proyecto de regeneración cultural...” (Faivre y Needleman, 2000:153) Algo que describe de manera muy acertada lo que nuestro autor intentó hacer con la alquimia.

9. Referencias bibliográficas.

Alvarez, Santiago. (2009). Música alquimística. *Anales de la Real Sociedad Española de Química*, ISSN 1575-3417, N.º. 2, 2009, pags. 142-150.

Burns, D. M. (2015). Alchemical metaphor in the Paraphrase of Shem. *Aries*, 15 (1), 81–108. <https://doi.org/10.1163/15700593-01501007>

Culianu, I. P. (1978). *Mircea Eliade*. Cittadella.

Díez de Velasco, Francisco (2008). Mircea Eliade y Eugenio d’Ors: notas sobre su correspondencia. *Ilu. Revista de Ciencias de Las Religiones*. 13:55-70.

Eliade, M. (1970). Alchemy and science in China. Chinese alchemy: Preliminary studies. Nathan Sivin. *History of Religions*, 10(2), 178–182.
<https://doi.org/10.1086/462626>

Eliade, M (1921). Cum am gasit piatra filosofala: *Ziarul Stiintelor Populare si al Calatorilor*. Año XXV, n. 2, pp. 588-589.

Eliade, Mircea, (2001) Cómo encontré la piedra filosofal, Orihuela, *Empireuma*, nº 27.
Traducción del rumano de Joaquín Garrigós de Eliade 1921.

Eliade, M (2001) *Diario 1945-1969*, Kairós.

Eliade, M (2001) *Diario Portugués*, (traducción española de J. Garrigós). Kairós.

- Eliade, M. (1978) [1962]. *The Forge and the crucible*. (2nd Edition) University of Chicago Press.
- Eliade, M. (1968). The forge and the crucible: A postscript. *History of Religions*, 8(1), 74–88. <https://doi.org/10.1086/462576>
- Eliade, M. (1987). *Encyclopedia of Religion*. Macmillan.
- Eliade, M. (1992) [1934]. *Alquimia Asiática*. Paidós Mexicana. (Traducción de Isidro Pérez Arias).
- Eliade, M. (1993) [1937]. *Cosmología y alquimia babilónicas*. Paidós.
- Eliade, M., Rocquet, C.-H. (1980). *La Prueba del Laberinto: Conversaciones con Claude-Henri Rocquet*. Ed. Cristiandad (Traducción de Jesús Valiente Malla)
- Faivre, A., y Needleman, J. (2000). *Espiritualidad de los Movimientos esotéricos modernos*. Paidós.
- Faivre, A., y Rhone, C. (2010). *Western esotericism: A concise history*. SUNY Press.
- Fernández Iñigo, Luis. (2010). *Breve historia de la alquimia*. Nowtilus.
- Fraser, K. (2004). Zosimos of Panopolis and The book of Enoch: Alchemy as forbidden knowledge. *Aries*, 4(2), 125–147. <https://doi.org/10.1163/1570059042321588>
- Hernández, José Antonio (2003). Bibliografía comentada de Mircea Eliade. *Estudios de Asia y África*, XXXVIII(1),223-262.[fecha de Consulta 22 de Mayo de 2022]. ISSN: 0185-0164. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58638107>
- Jones, L., y Eliade, M. (2005). *Encyclopedia of religion*. (2nd Edition) Macmillan Reference USA, Thomson/Gale.
- Jung, C. G. (2005). *Psicología y Alquimia*. Trotta.
- Madden, A., Greig, R., Wardell-Wicks, P., y; Crook, D. (2021). *History of alchemy: From the mysteries of the ancients to the science of today*. Future PLC.

- Marshall, P. H. (2002). *The Philosopher's Stone: A quest for the secrets of Alchemy*. Pan.
- Newman, W. R. (2005). *Promethean ambitions: Alchemy and the quest to Perfect nature*. University of Chicago Press.
- Pernety, A.-J. (1980). *Dictionnaire mytho-hermétique (1758)*. Archè.
- Serafin, S., y Craiutu, A. (2000). *Mircea Eliade*. In *Twentieth-century Eastern European writers*. essay, Gale Group.
- Turcanu, F. (2003). *Mircea Eliade: Le prisonnier de l'histoire*. La découverte.
- Voss, K. (1986). Mircea Eliade and the History of Religion. *Aries* (Old Series), 4, 52–66.